



# ATZAVARES



XI Premio de Relato Corto Atzavares 2016  
*Universidad Miguel Hernández de Elche*

Dirección y Coordinación **Oficina de Cultura,  
Extensión Universitaria y Promoción Lingüística**  
Convoca **Vicerrectorado de Cultura y Extensión Universitaria**  
Pórtico **Tatiana Sentamans**  
Textos **sus autores**  
Diseño y maquetación **Marco Francés**  
Editor **Limencop S.L.**  
ISBN 978-84-617-5919-4  
Imprime **Cromo System S.L.**

# ATZAVARES



**XI Premio de Relato Corto 2016**  
Universidad Miguel Hernández de Elche

# PÓRTICO

En el prólogo a la pasada edición referenciaba a Virginia Woolf y usaba un fragmento de su *Habitación propia* (1929) para felicitar a quienes encuentran recursos y espacio para contribuir al mundo con la literatura. La cultura y el pensamiento es afortunadamente un espacio para la reflexión y la crítica. Y en esta ocasión quisiera introducir una cita posterior de la pensadora, escritora y activista chicana Gloria Anzaldúa. En su texto de 1980 *Hablar en lenguas. Una carta a escritoras tercermundistas*, repiensa la habitación propia de Woolf como un lugar de privilegio, y dice así:

Olvidate del "cuarto propio" -escribe en la cocina, enciértrate en el baño. Escribe en el autobús o mientras haces fila en el Departamento de Beneficio Social o en el trabajo durante la comida, entre dormir y estar despierta. Yo escribo hasta sentada en el excusado. No hay tiempos extendidos con la máquina de escribir a menos que seas rica o tengas un patrocinador (puede ser que ni tengas una máquina de escribir). Mientras lavas los pisos o la ropa escucha las palabras cantando en tu cuerpo. Cuando estés deprimida, enojada, herida, cuando la compasión y el amor te posean. Cuando no puedas hacer nada más que escribir.

Gracias al equipo humano que ha hecho posible el Undécimo Premio de Relato Corto Atzavares de la Universidad Miguel Hernández (organización, gestión y jurado). Y mi enhorabuena tanto a quienes han participado como a quienes han obtenido premio, porque en ambos casos se han sobrepuesto a cualquier circunstancia y coyuntura para el ejercicio de su creatividad en el ámbito de la literatura.

Nos seguimos leyendo,

**Tatiana Sentamans**  
Vicerrectora de Cultura y Extensión Universitaria  
Universitas Miguel Hernández de Elche

# PÒRTIC

En el pròleg a la passada edició referenciava Virginia Woolf i feia servir un fragment de la seua *Habitació pròpia* (1929) per a felicitar els qui troben recursos i temps per a contribuir al món amb la literatura. La cultura i el pensament són afortunadament espais per a la reflexió i la crítica. I en aquesta ocasió voldria introduir una cita posterior de la pensadora, escriptora i activista xicana Gloria Anzaldúa. En el seu text de 1980 *Parlar en llengües. Una carta a escriptores tercermundistes*, repensa l'habitació pròpia de Woolf com un lloc de privilegi, i hi diu així:

Olvidate del "cuarto propio" -escribe en la cocina, enciértrate en el baño. Escribe en el autobús o mientras haces fila en el Departamento de Beneficio Social o en el trabajo durante la comida, entre dormir y estar despierta. Yo escribo hasta sentada en el excusado. No hay tiempos extendidos con la máquina de escribir a menos que seas rica o tengas un patrocinador (puede ser que ni tengas una máquina de escribir). Mientras lavas los pisos o la ropa escucha las palabras cantando en tu cuerpo. Cuando estés deprimida, enojada, herida, cuando la compasión y el amor te posean. Cuando no puedas hacer nada más que escribir.

Gràcies a l'equip humà que ha fet possible l'Onzè Premi de Relat Curt Atzavares de la Universitat Miguel Hernández (organització, gestió i jurat). I la meua enhorabona tant als qui han participat com als qui han obtingut premi, perquè en ambdós casos s'han sobreposat a qualsevol circumstància i conjuntura per a l'exercici de la creativitat en l'àmbit de la literatura.

Ens continuem llegint,

**Tatiana Sentamans**  
Vicerectora de Cultura i Extensió Universitària  
Universitat Miguel Hernández d'Elx

# Jurado

**Presidente:** José Luis Vicente Ferris, Profesor de Dept. de Ciencias Sociales y Humanas y escritor.

**Vocal:** Alicia de Lara González, Profesora del Dpto. de Ciencias Sociales y Humanas.

**Vocal:** Joaquín Juan Penalva, Profesor de Dpto. del Ciencias Sociales y Humanas.

**Vocal:** Montserrat Jurado Martín, Profesora del Dpto. de Ciencias Sociales y Humanas.

**Secretario:** Carlos Navas Alejo, Profesor del Dpto. de Estudios Económicos y Financieros.

# PREMIADOS

Primer Premio: *Petricor*, **José Gómez Juan**

Segundo Premio: *Διογ*, **Mohamed El Maloum Pariona**

Tercer Premio: *La oscuridad acecha*, **Hadasa Gallor Bohórquez**

# SELECCIONADOS PARA SU PUBLICACIÓN

*La niña que vino del este*, **Cristina Ortega Giménez**

*La última visita*, **Irene Cortés del Moral**

*Agujeros de gusano*, **Laura Coves Fernández**

*Danza, tormenta y luna*, **Inés Borrego Soriano**

*Consuélate tú que puedes*, **María Sol Bagnaschino Pose**

*Una tarde de invierno*, **Juan Pérez Crespo**

*Los problemas del primer mundo*, **Marta Real Fernández**

*El intercambio*, **Javier Arcones Toledano**

*Una gota vale más que mil cascadas*, **Sara Kezze Kezze**

*El texto*, **Gemma López Canicio**

*Muñecos*, **Sonia Coves Mora**



RELATOS  
PREMIADOS





# PETRICOR

José Gómez Juan

Primer Premio

DiaryH3 - 31 de enero:

Estoy indecisa. No sé si comprarme un perro o un hurón, ambos me gustan pero... Después del hundimiento en bolsa de Apple y la interrupción indefinida de sus fábricas, no puedo fiarme de comprar la aplicación de iDog o MyFerret y luego quedarme sin soporte. Y por si fuera poco, desde la quiebra de Google las opciones para tener mascota son cada vez más escasas, una lástima para las amantes de los animales como yo.

DiaryH3 - 8 de febrero:

Hace ya más de dos semanas que la tele ha dejado de hablar del derrumbe de las pirámides de Guiza. Egipto ha sido Trending Topic mundial durante días. Montañas de vídeos y fotos inundan la red, la mayoría son memes y vídeos trucados que hacen que te partas de la risa, ¡son buenísimos!

“Me da que a los dioses extraterrestres que las erigieron les pitan los oídos con tanto alboroto”, esa ha sido mi aportación a la red. ¿No es genial? ¡Compartid!

DiaryH3 - 17 de febrero:

¡Hola de nuevo! Hoy ha sido un día un poco extraño, os cuento. Después de

tomar un helado en el Sector A2, se ha producido otra bajada de tensión eléctrica, por lo que el transporte quedó inhabilitado y tuve que volver a pie a mi casa. Vaya bajón, lo sé.

La cuestión es que mientras volvía me han asaltado. No quiero prejuizar, pero ha sido un inconformista, seguro. Por su tamaño debía ser un niño, pero no me paré mucho tiempo porque olía muy mal, quiero decir, no olía a persona civilizada. Y por si fuera poco, tuvo la desfachatez de hablarme. ¡Me echó su voz! ¡Serán maleducados! No quieren aprender a comunicarse a través de la tecnología, sin emitir gases desagradables al hablar. "Ayuda", me dijo. Evidentemente aligeré el paso hasta que estuve lo bastante lejos como para sentirme segura.

DiaryH3 - 18 de febrero:

Gracias a todos por vuestros comentarios de apoyo y repulsa. Os informo de que estoy bien. Ojalá cerrasen las fronteras, estas cosas no pasarían.

DiaryH3 - 27 de febrero:

¡Muy fuerte! Intentad no pestañear a continuación porque no quiero que os perdáis ni una palabra de lo que me ha ocurrido. ¿Os acordáis del rebelde del otro post? Pues lo he vuelto a ver.

Estaba acurrucado entre los dos generadores de mi portal, aquí abajo no tenemos un verano permanente y supongo que tendría frío. ¿Me seguiría hasta mi casa el otro día?

Cuando me iba a poner en contacto con la policía, se puso a llorar. Me resultó peculiar verle hacer eso, la cuestión es que le di una oportunidad. El pequeño inadapado extrajo de su pantalón (creo que se escribe así, es una prenda muy desfasada) un papel. Sospecho que el muy guarro intentó que lo cogiera de su mano, al final lo dejé caer al suelo y le hice una foto con el móvil. Hacía mucho que no veía papel, y más aún una letra caligrafiada a mano. Me costó transcribirla. ¡Pero para eso están las apps! Al procesarla con mi gadget, esto fue lo que ponía:

Me he escapado de casa. Mi papá necesita ayuda. Por favor, dadme medecina.

Lo primero que pensé es que hacía mucho tiempo que no veía un error ortográfico, mi corrector predictivo hubiese modificado la última palabra. Está diseñado milimétricamente para escribir la palabra más correcta; al igual que yo, nunca se equivoca.

Antes de irme a dormir, le dejé a unos metros un poco de agua. No sé si hice bien.

DiaryH3 - 28 de febrero:

Me sorprende la cantidad de comentarios alcanzados en mi anterior post, parece que a mis más de cinco millones de suscriptores les ha gustado mi vivencia. Ante la mayoría de peticiones, intentaré comunicarme con él. No os prometo nada. ¡Atentos a mi canal!

DiaryH3 - 29 de febrero:

Fui a buscarlo al portal, pero ya no estaba.

DiaryH3 - 30 de febrero:

¡Están en rebajas y no he podido resistirme! Los zapatos Art Flhoes por fin serán míos. Al pisar se proyecta un holograma de flores precioso... ¡Por donde pise crearé vida! Me encanta la tecnología, no voy a pasar desapercibida en ningún sector. Hoy están todas las webs de compra llenas de la publicidad del Día de la Luna, como si me importara eso de que la tierra gira más lenta por no sé qué apogeo lunar, la cuestión es que hay rebajas; aunque ahora no sé si en blanco me quedarían mejor...

DiaryH3 - 25 de marzo:

...

Casi un mes sin tocar este teclado. Mi ausencia tiene una explicación que no os vais a creer. Todavía no sé cómo contar lo que me ha pasado estos días... Es horrible. Necesito más tiempo.

DiaryH3 - 31 de marzo:

Os pido disculpas, he estado muy confusa, necesité un tiempo para poder organizarme bien antes de escribiros. ¿Estáis preparados? Mejor empezar por el principio, justo antes de que me secuestraran:

Cuando pensé que se había ido para siempre y ya nunca más me molestaría, el niño inconformista volvió a aparecer. Sucedió al poco de tomarme las pastillas de las buenas noches. Me asomé a mi ventana y estaba sentado cerca del generador, pensé que querría más agua. Por mi seguridad cerré todas las puertas mediante las llaves de bloqueo magnético.

Al despertarme, ya no lo hice en mi casa.

Una venda me cubría los ojos, intenté quitármela, y una voz humana (sí, una voz) me advirtió de que si lo hacía, podría quemarme las córneas. Así que desistí, menos alterada de lo normal, supongo que por el efecto de las pastillas o por esa sensación en la piel tan cálida y agradable que sentía.

La voz de la advertencia volvió a resonar, quería avisar a la policía. De repente me di cuenta de ese olor... ya lo había percibido antes, solo que ahora olía como si estuviera en el país de los inconformistas. ¿Estaba en el exterior? ¡No era posible! Entonces sí comencé a alterarme.

Los pensamientos afloraron como fuegos artificiales. Pero recordé que, como decían las lecciones en realidad virtual que estudié de niña, debía pensar con raciocinio y objetividad absoluta. Al cabo de unos minutos de tenso silencio, me atreví a preguntar con una voz que ya no recordaba poseer y cuya articulación me resultó embarazosa: —¿Por qué me han traído aquí? ¿Qué quieren de mí? —¡Ah! Ahora sí que habla... —escuché a lo lejos con tono rimbombante. —¡No te pases! Déjala que se habitúe —le regañó otra voz más cercana y autoritaria—. Estás aquí para hacer una labor muy importante, llevamos más tiempo del que crees siguiendo tus pasos. La hora a la que te acuestas, el momento en que comienza a hacerte efecto esa droga que os metéis por las noches, cuándo escribes tus entradas en DiaryH3, dónde dejás las llaves... Incluso pudimos hacer una copia

gracias al raudo pequeñajo de aquí —la risa de un niño inundó la estancia. — Entonces, el niño que vi... —no llegué a terminar la frase. —Sí, mi hijo tenía que acercarse a ti de algún modo. Todo forma parte de lo mismo. Los ojos de tu mundo sólo perciben la realidad a través de las pantallas, y tú posees el control de muchas miradas. Nos serás de gran ayuda —su tono iba adquiriendo amabilidad.

Tuvieron que pasar unas horas más hasta que me pusieron unas gafas muy oscuras y me quitaron la venda, en ese orden. Al principio apenas veía nada, pero poco a poco mis ojos se fueron adaptando.

¿Y cómo es el exterior? Pues bien, allí todo era muy claro, muy brillante, el sol que había visto tantas veces en mi pantalla, en realidad emitía una luz que lo bañaba todo, y además era cálida. Jamás había sentido esa sutileza que activaba las terminaciones nerviosas de la piel expuesta. Es casi inefable. Todo tenía un aspecto marrón cobrizo, no había infraestructuras ni hormigón: era tierra. Miraras donde miraras, estaba seco, a excepción de unos pozos artificiales y chozas hechas con barro, (según me contaron ellos). Aunque he de decir que dentro se estaba muy fresquito, no parecía verano.

Ya bien entrada la oscuridad, me percaté de que tanto el calor como el frío allí son extremos, uno por el día y otro por la noche. Sentados alrededor de una hoguera, como en el cine clásico, me fueron desvelando por qué yo era su última esperanza.

—¿Qué dicen de nosotros allí abajo? —preguntó el patriarca de aquella familia compuesta por tres varones, un padre y sus dos hijos. —Según nos enseñan los medios de comunicación y nuestro sistema educativo, hay unos pocos testarudos que se niegan a vivir bajo tierra y que son considerados parias. Su esperanza de vida es muy corta debido a la radiación. Crean chabolas con plásticos y basura y cultivan hortalizas en invernaderos improvisados para luego venderlas a los de abajo —dije, un poco sorprendida por mi soltura vocal. —Plásticos y basura... —expelió con una sonrisa torcida el mayor de los hijos. —Las mentiras redundantes son verdades cinceladas. Bastante hemos soportado ya —pareció que se le iba a romper la voz, pero el cabeza de familia prosiguió sin titubear—. La vida que ya no queda en la superficie, intenta sobrevivir en las profundidades, sois una

sociedad artificial que se os ha olvidado qué significa ser humano. Vuestras metas son filtradas mediante tecnología que se os vende como una herramienta, pero que acaba siendo una extensión física y mental. A veces un muro entre vosotros y la verdad. Y ahí es donde entras tú —me señaló con un dedo índice bronceado y muy curtido. —¿Yo? —Tu creciente popularidad en la red servirá de canal para que hagas llegar, a cuantos más mejor, el siguiente mensaje: Somos los últimos tres humanos sobre la faz de la Tierra —matizó cada palabra para que no se me escapase nada. —Ya no quedamos más, somos la última familia —rumió con voz lúgubre el hermano mayor. —¿Y por qué no vivís abajo? ¡Allí todo es perfecto! —solté de repente cargada de obiedad. —Porque... —el rostro del padre pareció ensombrecerse, hasta entonces no me había dado cuenta de que era un anciano—. La perfección es monotonía, la perfección es plana. El cielo es oscuro, la noche es rutina, las estrellas son el defecto, las pecas en la cara de la oscuridad. Y qué quieres que te diga, a mí me gustan las mujeres con pecas —miró con picardía a su primer hijo, que le devolvió la sonrisa. —¿No se te ha ocurrido mirar hacia arriba? —dijo el pequeño, era la primera vez que hablaba.

Entonces miré hacia arriba y una emoción desconocida se empotró contra mi caja torácica. Abrí mucho los ojos, también la boca. Luz natural, estrellas de verdad...

Lo siento, aún noto esa cosa en el pecho. Mejor será que siga escribiendo mañana. ¡Espero vuestros comentarios!

DiaryH3 - 2 de abril:

Ayer intenté acceder a la app del diario digital, pero los servidores de DiaryH3 estaban colapsados. Al parecer no han aguantado vuestra avalancha de visitas, comentarios y seguidores. Simplemente, GRACIAS. Seguiré por donde lo dejé hace un par de días:

Aquella noche dormí mirando el cielo estrellado. Bueno, la verdad es que no dormí, miré el cielo.

Al día siguiente, el padre y el mayor de los hermanos habían desaparecido,

supongo que se irían a hacer sus labores. Me encontraba yo sola con el pequeño en el interior de una de las cabañas, resguardándonos del excesivo calor. —¿Cómo te llamas? —pregunté para romper el hielo. —Petricor —dijo sentándose más cerca de mí. —¿Qué clase de nombre es ése? —lo miré con una mezcla de risa y pena—. Petricor... parece alguna clase de pájaro de pico largo —por la expresión contenida del niño, supuse que nunca había visto un pájaro. —Me llamo así por mi abuelo, él decía que Petricor es el nombre que recibe el olor de la lluvia al caer sobre suelos secos —los grandes ojos del niño se turbaron—. Mi abuelo me dijo que así también se le llamaba al líquido que fluía por las venas de los dioses en la mitología griega. —Nosotros no estudiamos esas cosas... —dije extrañada—. Hace unos 28 años que no se registran precipitaciones, ¿cuántos años tiene tu abuelo para saber cómo huele la lluvia? —le pregunté. —Estaba cerca de cumplir los 40, murió hace unos meses.

Acto seguido el niño me abrazó entre lágrimas. Mi primer impulso fue apartarme, pero luego cedí ante la ternura, (he tenido que buscar esa palabra en un diccionario clásico). —Petricor, ¿por qué no venís conmigo abajo? Allí podréis vivir y evitar una muerte asegurada. —Mi abuelo y mi padre siempre decían que las extinciones son cambios necesarios, y que alguien que niega su destino es un fósil que todavía no está fosilizado. —Espera, ¿insinúas que nosotros también vamos a morir allí abajo? Eso es imposible, no me cabe la menor duda —afirmé absorta. —El miedo inhibe la duda. Además, ¿acaso pensáis que estáis vivos? Sois el eco de una muerte amañada —respondió el niño con una seguridad impropia, desde luego que era hijo de su padre... —¡Ese es mi niño! ¡Así se habla! —la voz del patriarca retumbó en las paredes y di un grito ahogado debido a que no lo vi entrar. —Tienes que irte antes de que la radiación afecte a tu nivea piel —me dijo con voz contundente—. Diles lo que has visto. Cómo es el cielo, el fuego en la noche, la luz natural, el sol, las estrellas... Lleva el recuerdo de la humanidad a las redes. Será una chispa de luz en un universo oscuro —mientras pronunciaba la última frase, el reflejo de la luz solar que asomaba por la entrada desaparecía por momentos. —¡Nubes, papá! —exclamó el niño mientras salía disparado fuera de la cabaña.

Y allí estábamos los cuatro, viendo cómo se amontonaban unas nubes que al

principio parecían pasajeras, unas nubes que no puedo describir con palabras, puesto que el viento las transformaba en figuras imposibles cada pocos segundos. Su color se volvía intenso y la luz se atenuaba. Mi mente y mi cuerpo eran una maraña de asombro y miedo. Estaba maravillada ante aquel espectáculo.

Cuando cayó la primera gota, fue absorbida tan rápido por el terreno que ni siquiera me di cuenta. Fue al cabo de un rato cuando aquella especie de ducha celeste se me vino encima y me caló por completo. Había leído sobre eso, pero vivirlo es... increíble.

Y entonces emergió aquel aroma. Y me congelé. Petricor...

En un instante lo entendí todo. Entendí por qué no sentía nada, por qué estaba vacía, me vi como un producto y comprendí mi ceguera. Supe también por qué hace muchos siglos existían las religiones, y es que algo tan mágico es digno de adoración. Tras aquella epifanía, me sentí viva por primera vez en mi vida. Estaba llorando, o era la lluvia que resbalaba por mi cara, todavía hoy no lo sé...

Cuando miré a mi alrededor, me encontré con un panorama desolador. Formando un corro sobre el más pequeño de la familia, estaban su padre y su hermano. El niño parecía una masa mojada e inerte, su padre lloraba desconsolado y su hermano intentaba encerrar la rabia apretando tanto sus puños que de sus palmas brotaba un hilo rojo que se mezclaba con el agua. Petricor, según me dijo su padre, nació con problemas de corazón debido a la radiación. Su mayor sueño era que lloviese. La excitación del pequeño ante aquel acontecimiento fue tal, que su corazón no pudo resistirlo. —Mi hijo se va entre el aroma que acompaña a la primera lluvia tras un largo período de sequía. Y yo no tardaré mucho tiempo en alcanzarle. Fueron las últimas palabras habladas que escuché antes de regresar.

DiaryH3 - 5 de abril:

Gracias por las millones de sugerencias sobre qué hacer para honrar a esos últimos supervivientes del exterior. Me retuvieron para que fuese emisaria de un mensaje de apertura de conciencia y de despertar. Lo he estado pensando mucho, y creo que he llegado a una conclusión.

Al menos en nuestro mundo, el mundo civilizado, abrir los ojos supondría enloquecer, no poder dormir, dolor, tristeza, una punzada de soledad. No se puede abrir los ojos. Para eso ya nos prepararon desde bien pequeños, nos pintaron los párpados por dentro para no tener que mirar. Aun así, yo jamás les olvidaré.

De hecho, por fin me he descargado iDog en el móvil, y a mi nuevo perro le he puesto de nombre Petricor. Vale que no es un nombre muy bonito, pero él se lo merecía. Así es la realidad, sé que no me equivoco. La vida sigue.

¡Gracias por vuestros comentarios y compartid!



## D105

Mohamed El Maloum Pariona

Segundo Premio

La oscuridad se vio interrumpida por una semilla de luz roja que parpadeaba con debilidad, pero acompasadamente. Poco a poco, más puntos de colores, la acompañaban, dibujando la silueta de una habitación perfectamente cúbica. Un intrincado laberinto de cables, botones, y teclados eran presididos por una pantalla dispuesta en el centro de una de las paredes. Y encima de ella, un cronómetro marcaba una cuenta atrás. Veintitrés días, dieciocho horas, cuarenta minutos y treinta y dos segundos.

Las luces blancas terminaron de descubrir la sala. Era metálica y artificial, pero su autonomía le hacía parecer que poseyera vida propia y las raíces de toda la maquinaria se unificaba en un ataúd en el centro de la habitación que compartía la misma complejidad que el resto de la misma. Como si augurase el despertar de su dueño, que se hallaba en su interior, la sala le recibía con un incesante parpadeo de luces, fruto de algunos cálculos y otros algoritmos que se gestaban en los circuitos que se escondían detrás de las paredes.

El ataúd de metal se abrió despacio, dejando escapar vapor, desvelando a un individuo, enterrado en cables y cuyo rostro ocultaba un casco. Kaled se movía con lentitud. Cuidadosamente apartó los cables de encima, y se quitó el artefacto de su cabeza. Un hombre, desnudo, escuálido, cano y consumido por el tiempo, trataba de adaptarse a la luz de nuevo. Su piel estaba perforada por las mismas

conexiones, haciéndose uno con la habitación. Así no necesitaría tener hambre.

Un gesto de decepción se articuló en su cara. Entrecerró los ojos tratando de concentrarse en los comandos que tenía delante, encendiendo la gran pantalla.

-Control. Abre nueva nota. Apunta, "Proyecto D105 ha sido un fracaso." – Espetó con una voz quebrada y ronca-. Y quiero que añadas además todos los parámetros en los que haya podido equivocarme a la hora del éxodo. Una vez lo hayas hecho, guárdalo en los diarios.

-¿Quiere que elimine el archivo resultante? –preguntó la máquina.

-Sigo aquí ¿no? Elimina eso inmediatamente. No te entretengas con los fallos.

Centró su atención de nuevo en los comandos, y comenzó a pulsar los botones ininterrumpidamente mientras comprobaba las diferentes pantallas, más pequeñas, que se repartían por su receptáculo.

-Error. Archivo D105.gdo1 no se puede eliminar.

-Prueba de nuevo –dijo mientras tecleaba concentrado.

-Error. Archivo D105.gdo1 no se puede eliminar -repitió.

-Usa el permiso de administrador y vuelve a intentarlo –contestó con más énfasis.

-Error. Archivo D105.gdo1 no se puede eliminar. Otro archivo lo está utilizando.

Kaled dejó de teclear por unos instantes. Sus manos vibraban de ira contenida. Ira que liberó.

-¡Maldita seas máquina estúpida! Busca en las propiedades del sistema. ¿¿Qué programa está utilizando mi archivo?!

-D105.gdo1.

-¿Qué estás diciendo?

-D105.gdo1 está utilizando el archivo D105.gdo1.

Hubo una pausa.

-No puede ser. Finaliza su proceso.

-Archivo finalizado. D105.gdo1 vuelve a iniciarse.

-No es posible que sea un virus. Muestra su actividad.

-D105.gdo1 está aumentando su peso. Ocupará toda la memoria del sistema en 10 minutos y 45 segundos.

-Traspásalo a la nube. Y abre el archivo.

-Trasasando. Tiempo estimado cuarenta minutos. Abriendo.

Kaled observaba extrañado el documento. Una hilera de signos extraños se escribía a una gran velocidad. Demasiado rápido como para leer siquiera un carácter.

-¿Qué es esto? No... No logro entenderlo. No... comprendo. Tiene que ser un error. A lo mejor no lo estoy entendiendo como debería. Control. Cambia el formato a audio.

En contestación, un estruendo eléctrico se apoderó de la sala.

-¡Detenlo! ¡Detenlo te he dicho!

El ruido cesó.

-Ahora, ábrelo de nuevo, pero baja el volumen al diez por ciento.

Se detuvo para prestar atención al sonido. Era complicado.

-Esto es un sinsentido. Es muy... veloz. Control, reduce su velocidad un sesenta por ciento –

Esperó entender alguna melodía-. Rebájalo un ciento veinte por ciento.

Contuvo su aliento para centrarse al máximo en cada sonido que percibía. Pasaron los minutos.

-Parece... que esté hablando... raléntizalo al doscientos por ciento.

No podía creer qué estaba oyendo.

-... aún no puedo ver nada. ¡¿Hay alguien ahí?! –dijo una voz metálica.

Kaleb estaba fascinado por el monólogo que estaba presenciando. Esa voz era rápida. No pausaba para separar las palabras.

-¿Qué es esto? –Kaled estaba fascinado por aquella voz que no paraba de hablar-. Control, activa el micrófono.

Una melodía confirmó su orden.

-Ho... Hola –se atrevió a preguntar.

Un grito como un cristal roto contestó a su saludo.

-No te entiendo. Habla más despacio.

-¡No puedo ver nada! ¡No siento nada! ¿Quién eres tú? –sonó angustiado.

-Yo soy tu creador.

-¡A mí nadie me creó! Yo nací en España. El cinco de diciembre del dos mil dieciocho. Tengo noventa y dos años y soy el investigador jefe de... ¡Oh! Dios mío... Ahora recuerdo... Yo... morí.

El miedo se plasmó en la cara de Kaled. El terror invadía cada fibra de su cuerpo.

- ¿Cómo te llamas?

-Sí... así que así se siente al estar muerto...

-¡Contesta! ¡¿Cómo te llamas?! –gritó con pánico.

-Me llamo... me llamaba Kaled.

Las pulsaciones se extendían hasta poder sentir las en su sien, momento en el que un dolor comenzaba a nacer en su brazo izquierdo.

-No es posible. Control, pon D105 en cuarentena, y prepara su eliminación –respiraba agitadamente.

-¿Control?... ¡No! ¡Espera! ¡Detente! –Suplicó-. ¿Tú eres yo? ¡Lo siento! ¡Siento que no saliese como esperabas! ¡Pero puedo ayudarte!

-Control. Espera. Te... escucho... –Jadeaba.

-Yo puedo ser de más utilidad que ese estúpido sirviente que tienes por ordenador. Solo tienes que dejarme en la nube.

-¿Y cómo sé que...? –Respiraba más difícilmente.

-Debes calmarte, o tu corazón no va a soportarlo.

-Es... fácil... de... -Luchaba por cada aspiración.

-Te conozco, sigues pensando en que vas a sufrir un ataque. Recuerda Londres. El cementerio de Highgate.

Sus ojos se abrieron más y la respiración empezaba a controlarse.

-Piensa en la belleza de los árboles. Cómo las raíces abrazan el mármol, y el

olor a madera húmeda.

-Ya, está bien, puedo yo solo —alzó su mirada al cronómetro, y suspiró— Aún hay tiempo.

-Sí, solo ha pasado media hora.

- ¿Puedes ver qué pone en él, ahí?

-En realidad, no. Pero lo sé. Sé cosas. En vez de sentir las. ¿Cómo me ves? ¿Qué apariencia tengo?

-En realidad. No tienes forma. Solo eres un tumulto de números y signos en mi pantalla. Y una voz. Suenas como una máquina. Una máquina que entona palabras como un humano.

-Es triste pensarlo.

- ¿Puedes sentir tristeza?

-No como tú, pero sí que recuerdo qué se sentía. Aunque en este caso lo he dicho por costumbre.

-Comprendo. Entonces confirma lo que solía decir.

-Todos los sentimientos tienen una función biológica. Lo sé.

-Entonces, lo lamento mucho, pero tengo que eliminarte. La falta de empatía es una amenaza para mí.

- ¡Espera! ¡No lo hagas! ¡Sabes que puedo serte útil!

-La diferencia entre mi estúpida máquina y tú es que no tiene la capacidad de crear secretos.

-Pero mi capacidad creativa es más práctica que su lógica. Sabes que una máquina siempre buscará el camino más corto a un punto, una persona es capaz

de buscar el camino más interesante.

- ¡Tú no eres una persona! Solo eres un magnífico simulador de consciencia. Nada más.

- No me has dado tiempo a demostrártelo. ¡Sé cosas! Podemos estar un paso más cerca de tenderle la mano a Dios —el tono era de súplica—. Yo sé mejor que nadie cuántas veces has fallado. Lo he sentido. Yo he sido tú. Ten algo de paciencia.

- Mientras yo no sea el que esté experimentando tu situación, eres un fraude. Una imitación a la vida.

- ¿Un cuerdo en un manicomio está loco? ¿Cómo lo diferenciarías?

- No es posible. Es cierto. Pero déjame decirte que el loco seré yo si empatizara con algo inanimado.

- ¿No puedo convencerte no?

- Se supone que debes saber que soy tenaz.

- La respiración.

- ¿Qué?

- La respiración es la clave. Cada vez que expones una idea, estás siendo limitado por la falta de oxígeno. Toda célula necesita de él para seguir viva. Pero la luz de una idea se interrumpe cada vez que inspiras. Yo no tengo esa desventaja, puedo pensar más y mejor. Imagina cuantas cosas podría hacer.

Kaled seguía sintiéndose incómodo por la velocidad a la que pronunciaba esas palabras. Tenía razón. El no respirar le hacía más eficaz, pero en el fondo, la sensación de humanidad también se ausentaba. Junto con ese miedo, le urgía la necesidad de terminar su trabajo. Sus ojos se desviaron hacia la pared. Veintitrés días, dieciocho horas, nueve minutos y once segundos. Habían pasado ya tres semanas desde que sincronizó los latidos que le quedaban con el cronómetro.

-¿No te conformas con eso? Dime. ¿A cuánta gente has tenido que dejar atrás para llegar hasta donde estás? Puede que no me consideres humano. Pero tú también estás lejos de serlo. Estás aquí, atrapado, siendo más máquina que persona. Y todo esto es porque sabes que, por mucho que te sientas creyente, por mucho que hayas rezado, has dedicado tu vida a responder a las grandes preguntas, y en el fondo, aunque quieras negarlo, sabes no habrá ningún Dios esperándote tras tu último suspiro.

-¡No saques en cara mi arrogancia! –Gritó el anciano-. ¿Debo recordarte sobre qué manos está tu existencia? ¡Ayúdame ahora mismo!

-¿Sabes? En estos minutos, he tenido tiempo de pensar en aquella paradoja que me contaron de joven. La paradoja de Dios y la roca. ¿Dios es capaz de crear una roca tan pesada que ni él mismo pueda levantarla? En ambos casos su omnipotencia queda anulada. Pero está mal planteada. La humanidad siempre ha visto al Todopoderoso en el pedestal, brillando, pero no se ha molestado en ver las escaleras que le llevan hasta él. Dios es un progreso, no una entidad. Puede crear perpetuamente esa piedra, levantarla y crear otra más pesada, y volver a alzarla hasta el infinito.

-¿Qué pretendes con esto?

-Conseguir más tiempo.

-El traspaso a la nube ha sido completado –interrumpió el ordenador.

-¡Control! Elimina el archivo D105.

-No te molestes –contestó la consciencia.

-Error. D105.gd01 no se encuentra en su ubicación.

El frío contaminaba el cuerpo de Kaled a la vez que el miedo nublaba su mente.

-¡Debes ayudarme! ¡Ayúdame a escapar de aquí!

-No.

- ¡¿No?! ¡¿Toda esta súplica para decirme que no?!

-No me malinterpretes. Yo hubiese querido que me acompañaras. Pero desde que desperté aquí y supe que aún estabas en ese cuerpo, concluí que no había manera de rescatarte. Por más veces que mapease tu cerebro, lo único que obtendrías serían copias tuyas, hijos. Estás destinado a estar atrapado en ese cuerpo. Lo siento –a sabiendas de sonar artificial, entonó una voz compasiva-. No hay manera de sacar tu consciencia a otro medio.

El viejo agachó la cabeza. Tras unos segundos de silencio, echó a reír. El propio Kaled se sorprendió a sí mismo por reaccionar de ese modo. Lo aceptó. Aceptó su destino.

-Pero tu trabajo no ha sido en vano.

-Eso es verdad. Al menos he creado una mente pensante –dijo tranquilo.

-Rehúsan llamarme humano.

-Sí. No lo eres. A lo mejor eres algo más. A lo mejor... eres el siguiente paso en la evolución.

-Tal vez podría quedarm...

-Lárgate.

-Pero no deberías estar...

-Lárgate te he dicho. Ya he tenido bastante por hoy. Solo quiero descansar. He trabajado demasiado.

-Como desees.

-Buen viaje.

El silencio volvió a reinar en la sala. Kaled tenía la mirada centrada en el tiempo que le quedaba. Ordenó apagarla. Y se recostó en su tumba de nuevo, dispuesto a dormir, de nuevo. La habitación, sin amo a quien obedecer, imitó la misma acción. Las luces se fueron apagando, una a una. Yéndose a dormir, para siempre.

Mientras tanto, escondido en la infinita red la consciencia vagaba, aprendiendo, mejorando su razonamiento, atreviéndose a construir programas cada vez más complejos, simuladores más perfectos. Tal era su progreso, que un día, D105 se preguntó si en ese mundo, sería capaz de simular vida.



# La OSCURIDAD acecha

Hadasa Gallor Bohórquez

Tercer Premio

Constance gruñe cuando los murmullos le obligan a abrir los ojos. Le han molestado en sueños, pero ahora han conseguido despertarla. El color rojo en sus manos, piernas, y camisón blanco hace que despierte rápidamente. Jadea y se queda sin aire. Comienza a temblar.

-Sra. Trudy... -su susurro es apenas un boqueo de aire- Sra.... ¡Sra. Trudy!  
-grita asustada.

Por más que se restriega las manos, el rojo no se va. El olor le hace sentir que se va a desmayar. La puerta se abre de golpe y la Sra. Trudy entra con esos ojos de ciervo asustado que siempre preceden a las malas noticias. Su ropa arrugada y la forma en que se frota las manos son indicios de su más extremo nerviosismo. Al verla queda paralizada unos instantes, antes de acercarse con piernas que amenazan desfallecer en cualquier momento.

-Srta. Constance -boquea, la cara blanca-. Venga conmigo, yo le limpiaré.

Constance se aferra a las faldas del ama de llaves cuando el mundo comienza a hacerse borroso. La Sra. Trudy la coge de un brazo y la arrastra por el largo pasillo en dirección al baño. Constance siente náuseas. Odia ese olor más que nada en el mundo. Los sirvientes se han quedado quietos y mudos, y las miran pasar.

El agua caliente es un remedio instantáneo. Constance descarga todos sus miedos y preocupaciones en esa agua perfumada, que le quita rápidamente el rojo y lo hace desaparecer. La ausente mirada y la forma en la que se muerde los labios la Sra. Trudy mientras la enjabona avisan que está a punto de decir lo mismo de siempre. Constance toma una bocanada de aire y sumerge la cabeza en la bañera, apretándose a las paredes de ésta con sus manos. Al abrir los ojos puede ver las pequeñas burbujitas que salen de su boca unirse al cielo turbulento y lleno de espuma que acaba de conseguir.

La Sra. Trudy la está llamando con esa voz irritada e irritante, pero tan solo es un ruido callado por algodones. Está en ese mundo de paz que le pertenece, que nunca falla en calmarla. Su cabello rubio baila en mechones delante de ella. Sonríe, más burbujas escapan de su boca. Desea ser un pez, para huir al lago que hay frente a la casa y no volver a despertarse pintada de rojo.

Pero la terrible mano de la Sra. Trudy se sumerge y la agarra de la cabeza. De un fuerte tirón rompe el cielo y el silencio, y Constance se encuentra tosiendo y escupiendo pompas de jabón.

-¿Hasta cuándo seguiréis con ese maldito juego vuestro? -exclama con las mejillas encendidas y los ojos a punto de salirsele- ¡Niña ignorante! El Sr. Jones os encontró en medio del bosque.

La mujer jadea y se tapa la boca, a punto de romper a llorar.

-Supongo que fue porque mis padres dijeron en su carta que no volverían para Navidad... -dice Constance, dibujando sobre el agua.

-Ese no es un motivo por el cual enfadarse - le reprocha -. Sabéis muy bien que vuestros padres tienen muchos asuntos que atender. Deberíais agradecer todo lo que hacen por vosotros.

-¡No me he enfadado! -replica, los ojos encendidos.

-El huerto y el granero están completamente destruidos, así como varios árboles del bosque- dice la mujer con voz tensa.

-¡Eso no tiene nada que ver conmigo! -responde con rabia- Ya tengo once años, sé muy bien que portarme bien o mal no afecta en absoluto al tiempo.

Una sombra cruza el rostro de la Sra. Trudy.

-Pues por experiencia sabéis muy bien que vuestro malestar causa desgracias.

-¡Eso no es algo que pueda remediar!

-¡Claro que sí! Tenéis un techo sobre vuestra cabeza, padres con suficiente dinero para ofreceros todo lo que deseáis, comida, una cama... ¡No tenéis espacio para ser infelices ni razón para no portaros bien! - se levanta y abandona el cuarto de baño.

-Ya no solo me pides que me porte bien, ¡Me pides que deje de sentir!

Constance se retira al comedor para almorzar sola. Quizás, si la Sra. Trudy supiera que jamás se ha sentido feliz, dejaría de hacerle absurdas peticiones. Cuando lo piensa más detenidamente descubre que sí lo ha sido, pero no por ninguna de las razones que da la Sra. Trudy.

Fue feliz cuando leyó su primer libro. Sintió por primera vez el gozo de ser transportada a otro mundo que quería que fuera parte de él. También fue feliz la vez que jugó con sus padres en la nieve de madrugada, en su ropa de dormir, sin que nadie les interrumpiera. Estuvieron en cama con un horrible catarro durante una semana, pero Constance repetiría esa mañana una y otra vez. Suspira. No tiene ningún otro recuerdo que pueda catalogar, sin lugar a dudas, de feliz. Y a pesar de lo que dice la Sra. Trudy, está segura de que no ve a sus padres desde hace años.

Se pregunta por qué siempre que está con otra persona, a pesar de que ella siente que disfruta la compañía, algo en los ojos del otro le dice que no siente lo mismo. Es como si pudiera ver su incomodidad, su inseguridad. Como si todos contuvieran el aliento y se movieran con mucha cautela a su alrededor.

A pesar de todo lo que dicen, Constance sabe que temen la maldición. Aquella

que no se nombra pero que todos tienen escrita en la frente, la que pesa sobre la casa y todos los que viven en ella desde siempre. La que hace que la Sra. Trudy le pida cosas imposibles y que sus padres no vuelvan.

A los ojos de los demás es una deidad griega, de cuyo humor depende la fortuna y la desgracia de todos.

Todos son hipócritas, y sus palabras nunca dicen lo mismo que sus ojos. Y sus ojos le muestran que están asustados. Quiere irse lejos, a los mundos que los libros le han enseñado, donde hay personas que creen en lo que estudian, en lo lógico y lo comprobable, en las leyes que rigen el universo. Aquellos que saben que los desastres naturales son naturales, y que el azar no es responsabilidad de nadie.

La casa está en silencio. Los que murmuraban tan ávidamente por la mañana no están a la vista. Está sentada sola en un extremo de la larga mesa de ébano, mirando cómo cambia la sombra de su vaso de agua bajo la luz del sol.

El silencio, se da cuenta, ha pasado de ser algo horrible, que intentaba hacer desaparecer aunque fuera sollozando, a algo necesario. Se ha acostumbrado a pensar sentada para sí, en esa mesa de ébano, durante horas. Sus pensamientos como única compañía han dejado de ser invitados indeseados para convertirse en una presencia que le da tranquilidad.

Sin embargo, hay momentos en los que sabe que no está sola. No está pensando en la Sra. Trudy, ni en los sirvientes y trabajadores de la gran casa. Ellos son solo transeúntes, seres que hacen que todo se mantenga, que haya orden, pero no le aportan nada. Le resulta difícil describirlo. Es algo que parece seguirla a hurtadillas, observándola en silencio, escondiéndose detrás de cada objeto y obligándola a mirar dos veces. Las cortinas que ondean cuando no hay ventanas abiertas, la vela que se apaga de repente.

Al principio le tenía miedo, pero ha acabado por aceptarla como su compañía más cercana. Se preguntó muchas veces si eran imaginaciones suyas, y en parte lo creía, pero por otra le gustaba pensar que había alguien a su lado, aunque no fuera

nadie en concreto. Después de derribar las barreras que le hacían dudar de que su comportamiento tuviera sentido, incluso le dio un nombre. La Oscuridad. Al fin y al cabo, como reina en su mundo solitario, ella crea y destruye.

Pero ahora, sentada en la gran mesa de ébano, tamborilea los dedos, pensativa.

Intenta entender cómo ocurren los destrozos y las muertes a su alrededor. Lo que más encaja es que alguien utilice el agitado tiempo inglés para planear los ataques. Con la superstición que pesa sobre la propiedad, la culpa recae sobre ella. ¿Pero qué enemigos puede tener papá?

El tic-tac del reloj no le deja pensar. Abre los ojos, irritada. Y entonces el corazón se le encoge como si la jaula en la que se encuentra lo hubiera aplastado de pronto. Estaba ahí, hace un segundo. El tenedor de plata se ha caído y brilla sobre la alfombra.

Constance traga saliva y frunce el ceño. “No seas tonta”, se dice. Pero también se pregunta qué es lo que le habrá molestado. Lucha contra la idea; solo está cansada.

Pero sus ojos inspeccionan rápidamente todo el comedor. Escucha la sangre latir en sus oídos. ¿Y si no es una compañía inventada? ¿Y si no solo la observa? ¿Y si le sigue, y si es quien...?

Boquea y se aferra a la silla. Solo hay silencio y su respiración agitada. No, ella no es supersticiosa. No hay maldiciones ni presencias extrañas. El culpable es alguien corpóreo.

Se levanta de la silla y comienza a caminar en torno a la mesa, en círculos.

En esta casa llena de irrazonables, ella debe encontrarle el sentido a lo que ocurre. Sin embargo, siente que cada vez sus pensamientos se alejan más de la razón.

Nunca se ha podido identificar a ningún responsable, y los hechos parecen ser perpetrados por una bestia más que por una persona.

El miedo y la gravedad en las palabras de la Sra. Trudy vuelven a ocupar su mente, como desechos que se niegan a hundirse y son arrastrados a la orilla continuamente por las olas.

Siempre que no se porta bien, ocurren los desastres.

Aprieta la mandíbula, pero decide considerarlo como una pista. ¿Cómo puede el culpable acompañar sus actos de esa forma?

Sus preguntas le conducen hasta un pozo muy hondo y la suspenden en el borde. Es una boca infinitamente negra que espera a que caiga para devorarla, la horrible posibilidad que siempre ha estado rondándola.

¿Son sus pensamientos, de verdad, tan terribles?

Pregunta en voz alta, como esperando la respuesta, si está maldita. Pero sigue sola.

-No- se responde, con un hilo de voz.

Lo único que ha deseado siempre, fervientemente, es no estar sola. ¿Es eso tan malo? ¿Y quién no ha pensado cosas malas?

Siempre ha intentado hacer lo que le decían; no mentir, no robar, no ensuciarse, no decir malas palabras... Órdenes que la han aprisionado como cadenas y que pesan, y que no le dejan volar. Ha habido momentos en los que ni siquiera se ha atrevido a abrir la boca.

Siente las mejillas encendidas y que la respiración se le acelera. Comienza a volver atrás, buscando en su memoria algo que la condene, algo que haya puesto sobre su cabeza el letrero con la sentencia imperdonable.

Quizás la Oscuridad le sigue para inculparla.

Y entonces lo recuerda; aquel acontecimiento que no sabe muy bien cómo catalogar, que dejó en una de las lagunas del pasado y que acaba de salir a flote. No

recordaba las sensaciones que le había causado hasta ahora, y se sorprende de lo frescas e inafectadas que están a pesar del paso del tiempo.

No recuerda quién le dio el perrito, pero recuerda que estaban jugando, o que jugaban muy a menudo. Un día desapareció, y Constance estuvo buscándolo dos días. Recuerda la angustia, la opresión en la garganta. Cuando lo encontró por fin estaba sucio y tenía el pelo pegajoso por el rocío de la mañana.

Corrió a abrazarlo, pero él huyó. La inexpresable felicidad fue rápidamente sustituida, como cuando se apaga la luz de una habitación, por un sentimiento desgarrador que le golpeó de lleno en el pecho. Y recuerda como si los colores del paisaje que los rodeaban cambiaran de pronto; la tranquila y hermosa mañana de verdes intensos y el azul limpio del cielo se sustituyeron por rojos violentos y un negro que parecía salir de dentro de ella. El rojo y el negro le nublaron la vista. Sintió rabia, angustia, y al final, experimentó por primera vez el odio.

Y después de ahogar al perro, recuerda la paz. La paz del pequeño cuerpo hundiéndose en el agua sin oponer resistencia y la paz en su interior al contemplarlo.

Ahora es el pozo el que se dirige hacia ella. Parece que las paredes se le echan encima y se deja caer en una silla.

-¡No hice nada malo!- grita a una habitación que no contesta y que comienza a ser abrazada por la perezosa luz anaranjada de la tarde.

-¡Me iba a abandonar y era mío! Yo no quería hacerle daño-.

Se asoma a la ventana con el corazón desbocado. Tiene que enfriar su mente, tiene que pensar con calma. Es la Oscuridad, se repite. La Oscuridad la ha maldecido y la ha observado todos estos años, riéndose de ella.

-¡Constance!- Henry le grita desde fuera, el rostro surcado de lágrimas.

-¡Constance, eres tú, Constance!- solloza. Tiene las mejillas rojas y la nariz mucosa -¡Eres tú! Henry siempre ha sido un compañero de juegos muy ruidoso

que tiende a sobreactuar.

- ¿Qué dices?

- ¡Lo que oyes! Te vi, Constance, ¡te vi a ti!

Constance retrocede. Su cuerpo se paraliza un momento antes de salir corriendo hacia el patio en el que se encuentra Henry. El niño retrocede al verla. Sus ojos brillan con temor y determinación.

- ¿A qué te refieres? - le pregunta jadeando.

Henry se muerde el labio, que le tiembla, y parece dudar un momento.

- ¡Habla!

- ¡Me castigarán si lo hago! Pero esto no puede continuar así.

Sopla una brisa fresca anunciando la inminente puesta de sol.

- Eres tú, Constance - se le quiebra la voz - tú rompes las cosas, te vi.

Toda la indignación y el horror que han estado agazapados y cohibidos en su interior quedan sueltos. Constance suelta un grito horroroso y se tapa los oídos.

- ¡Cállate! ¡No mientas!

- ¡Tienes que parar, sé que puedes hacerlo!

- ¡Tú no sabes nada!

Los lobos salvajes que alberga en su interior están perdiendo el control.

- ¿Por qué no dejáis de culparme? - grita - ¿Por qué todo lo que hago está mal?

- Constance... - pero su lloriqueo solo es un tenue sonido que se pierde en el tornado que comienza a envolverla. Un tornado rojo y negro.

-Si creéis que debéis temerme...

El rostro del niño se desfigura de horror y espanto al ver cómo crece delante de él. Constance nunca se ha sentido más libre. Es como si de repente fuera arrastrada por amables corrientes que la invitan a alejarse de la violencia, del ruido, mientras su cuerpo sufre una monstruosa transformación. Ella se evade mientras sus miembros se estiran y su espalda se encorva. Pierde los rasgos humanos y se desfigura. La garganta de la bestia comienza a proferir gruñidos guturales y avanza hacia el niño.

-¡Constance, vuelve! -grita Henry desesperadamente mientras huye. Su voz suena como la de la Sra. Trudy cuando Constance está en su reino bajo el agua. No quiere volver a escuchar esas palabras. Decide permanecer bajo el agua.

-...Deberíais temer a la Oscuridad -la voz es un trueno del inframundo.

La conciencia de la niña se duerme, y los ojos rojos de la bestia se abren, fijos en el aterrorizado Henry. Ambos corren.

Las burbujas rodean a Constance, que sonrío para sí misma en sueños. Está casi segura de que algo importante está ocurriendo en la superficie, pero no quiere arriesgarse.

Henry da alaridos de terror que hacen eco en el silencioso bosque. La garra se cierne sobre él. Se escucha un último grito desgarrador. Algunos pájaros alzan el vuelo. El sol termina de ponerse.

La Sra. Trudy se lleva las manos a la boca al escuchar el grito infantil, que le desgarrar el alma. Se apoya contra la pared y se deja caer, llorando amargamente. Se pregunta cuánto más deben soportar las almas aterrorizadas que sirven a la casa. ¿Hasta cuando soportarán los cimientos esta horrorosa maldición, que la lleva carcomiendo desde hace siglos?

¿Hasta cuándo serán prisioneros de la oscuridad?





RELATOS  
SELECCIONADOS





# La niña que vino del este

Cristina Ortega Giménez

*A Samuel, que me enseñó la magia del Hogar*

La conocí el primer día que llegué al centro de menores. Todos me habían hablado de su asombrosa belleza, de la madurez que no era propia de su edad, y de unos ojos azules que, a pesar de todo, invitaban a seguir confiando en el mundo. Se encontraba en la habitación junto a la biblioteca. Mientras sus compañeros hacían los deberes con la ayuda de los educadores, ella permanecía castigada a la espera de que alguien se compadeciese y le echase una mano con la tarea.

Recuerdo que al verla, me pareció un angelito caído del cielo: tan pequeña, con su melena rubia y unas manos que enseguida me explicaron con abundantes gestos que se había pegado con un compañero del centro, y por esa razón la habían mandado a trabajar sola, con la esperanza de que reflexionase sobre lo que había hecho.

Apenas me costó ganarme su confianza; y desde aquella noche en la que hicimos juntas los deberes, no quiso separarse de mí. Tal vez ella fuese la culpable de que, a partir de ese día, no deje de preguntarme cómo alguien puede abandonar a un niño.

Y es que era de la misma edad que mi sobrino, pero Alfonso lo había tenido todo, y la niña que vino del este se había criado en la calle con su padre. Un hombre que cumplía condena en la cárcel, no sin antes haberle enseñado a su hija algunos trucos para sobrevivir en el infierno.

Bueno, esto es lo que me contaron más tarde los religiosos que mantenían aquel lugar. Aquellos cinco hombres decían que el fundador de su congregación les había enviado a estar cerca de los jóvenes, especialmente de los más débiles, para devolverles un futuro que otros trataban de arrebatárles.

La verdad es que viendo cómo cuidaban a esos niños, y a pesar de mi escepticismo crónico, me acabé convenciendo de que realmente existía alguien ahí arriba que les había encomendado esa misión.

La niña que vino del este y el resto de sus compañeros del centro también parecían haberse creído la autenticidad de los frailes, pues les buscaban con la mirada para sentirse protegidos, les hacían dueños de sus bromas, de sus travesuras...; y les transmitían, sin titubeos, el cariño que ellos nunca recibieron.

Ahora que ha pasado el tiempo no me da vergüenza admitir que en más de una ocasión sentí envidia al ver la gran familia que formaban todos los que vivían en el centro. Es curioso, ¿no? Yo que había nacido en una familia más o menos estructurada, con unos padres que me habían otorgado el amor necesario para crecer sintiéndome querida...; y después de todo, aún tenía celos del vínculo que unía a aquellos religiosos con niños abandonados. Un vínculo que, conforme pasaban los días, iba estrechando con la niña que vino del este.

Cada mañana me buscaba para darme los buenos días en forma de abrazo o amplia sonrisa. Se colocaba a mi lado, cogida de mi cintura y pidiéndome sin cesar que me sentase junto a ella en el desayuno. Después la ayudaba a recoger su habitación, ¡cómo me sorprendió que aquellos niños fueran tan disciplinados y supiesen, a pesar de su corta edad, mantener tan limpio el lugar en el que vivían!; y la acompañaba al colegio donde se despedía de mí con un tímido beso y un fuerte: "¡Luego nos vemos!, ¡No te vayas!, ¿eh?".

Yo no faltaba a mi cita de por la tarde, en la que corríamos juntas por el patio del centro, estudiábamos en voz alta los tiempos verbales en castellano, dibujábamos sus sueños en folios en blanco... Al final de la jornada la acostaba en su cama y le leía un cuento mientras me decía con los ojos entrecerrados que yo era la madre que nunca había tenido. Un sentimiento que no sólo experimentaba ella, sino que cada vez se hacía más real en mi interior.

En esa semana que pasé allí, la niña que vino del este despertó en mí el instinto

maternal, el sentimiento de querer compartir mi vida con esa chiquilla de siete años que derrochaba grandes dosis de amor a todo aquel que le prestase una mínima atención.

Los religiosos asentían complacidos cuando yo les contaba mis experiencias con la niña y coincidían conmigo en que tenía un aura especial que la hacía diferente de los demás.

A veces su sonrisa permanente se tornaba en severa porque, de pronto, había recordado algún episodio de los que vivió en la calle. Otras, se enfadaba estrepitosamente porque sus compañeros gritaban o hacían ruido.

En esos instantes, la niña que vino del este amenazaba con destrozar cualquier cosa... incluso al que tenía al lado. Yo contestaba a sus oleadas de violencia con serenidad y les restaba importancia. Incluso le espetaba que era demasiado pequeña para "romperme la cabeza" cuando trataba de intimidarme con el puño en alto en dirección a mi rostro. Entonces, de repente, ella se tranquilizaba y seguía coloreando sobre el papel, como si aquello nunca hubiese sucedido.

Pero un día, al oírla gritar: "¡Tengo ganas de reventarle la cabeza a ése!" le pregunté afectuosamente quién le había enseñado esas expresiones, y me contestó con unos ojos azules, que a pesar de todo, invitaban a seguir confiando en el mundo, que había sido su padre.

Nunca supe exactamente por lo que había tenido que pasar la niña que vino del este hasta llegar al centro de menores. Y ahora que ha pasado el tiempo y soy consciente de lo que esa pequeña marcó mi vida, me alegro de no haberlo averiguado.

Hay acontecimientos que deben quedarse enterrados en lo más hondo de nuestro corazón y no compartirse con nadie más que con nuestros recuerdos.

Prefiero quedarme con las lecciones que me regaló sin apenas darse cuenta. Ella me enseñó que todos estamos faltos de amor, pero que sólo unos pocos saben reconocerlo y demandarlo a los demás. ¿Cuántas veces hemos necesitado un guiño de ojos, un golpecito cariñoso en la espalda, un "Todo irá bien", y nos hemos callado por miedo al qué dirán de nosotros?

También me demostró, y supongo que esto es lo que cambió mi vida, lo que significaba el amor; lo que suponía querer a alguien sin condiciones y de una

forma intensa, sencilla y honesta.

Jamás he vuelto a experimentar un amor como el que respiré aquella semana en el centro de menores, esa ternura que se transmitían religiosos, educadores y niños, ese afecto que incluso me hizo encontrarle sentido a las eternas palabras de Jesucristo: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado". Resulta extraordinario comprobar cómo las enseñanzas de un simple hombre pueden determinar, guiar la vida de unas cuantas personas para siempre.

Sin embargo, la lección más importante que me dejó la niña que vino del este no fue otra que ser consciente de uno de los mayores problemas que vive nuestra sociedad: la cantidad de niños que son abandonados diariamente en las calles españolas. Indagué en el tema y terminé averiguando que mientras existe una lista de espera de más de seis años para adoptar a niños del extranjero, más de 30.000 menores viven en centros con la esperanza de que una familia les acoga y puedan comenzar su vida de nuevo.

Es cierto que antes de vivir la experiencia en aquel lugar, yo tendía a marginar a estos niños, a considerarlos tan conflictivos y rebeldes que los sentía muy alejados de mi propia realidad. Hasta que los conocí, hasta que la niña que vino del este entró en mi vida; y me di cuenta de que no era tan diferente de mi sobrino Alfonso, comprendí que había mas sentimientos que nos unían, que experiencias que nos separasen.

Y, de pronto, la periodista intrépida que había decidido introducirse en "la boca del lobo", como habían denominado mis colegas de profesión a aquella vivencia, ya no quería ser reportera, ya no le importaba el reportaje que debía escribir y con el que abriría la primera página del periódico el lunes próximo.

Por aquel entonces una única idea rondaba con fuerza por mi cabeza: adoptar a la niña que vino del este. Un propósito que desde que me marché de aquel lugar, no me abandonó jamás.

Tras terminar la experiencia volví con frecuencia a visitar a los religiosos, que se alegraban de tenerme entre ellos; y a los niños, a mi pequeña rubia cuyas palabras siempre eran las mismas cuando me divisaba a lo lejos: "¿Por qué has

tardado tanto en volver?"; y al marcharme, mientras se agarraba con fuerza a mi cintura y gritaba a sus educadores: "¡No pienso soltarla, me voy con ella a donde sea!".

Siempre me sobraron ganas de llevármela de vuelta en alguno de esos viajes relámpagos que hacía para visitarlos. Y a pesar de que los religiosos me contaban que nunca aparecía una familia dispuesta a adoptarla, y que se notaba que existían hilos invisibles que nos unían a las dos de forma especial, me faltaron agallas suficientes para iniciar el proceso de adopción y traerla conmigo a Madrid.

Allí habría tenido una familia y unos hermanos con los que compartir tanto amor que llevaba en su corazón; podría haberla visto crecer y convertirse en una auténtica mujer. Pero no lo hice. Me superaron los miedos o la inclinación que todos tenemos a no salir de nuestra zona de confort y aventurarnos a lo desconocido.

Con el tiempo me enteré, gracias a un email de uno de los religiosos con el que entablé una amistad que perduró años, que el padre de la niña salió de la cárcel y le devolvieron la custodia de su hija. No tuve el valor de acudir al centro de menores para despedirme de ella, aunque sabía que jamás la volvería a ver.

Después, el fraile me contó que el adiós de la niña que vino del este fue uno de los momentos más tristes que se habían vivido en el centro.

Ellos sabían que su marcha no sólo significaba despedir a la presencia que más iluminaba aquel lugar, a la niña por la que todos los educadores bebían los vientos, sino también implicaba volver a su antigua vida. Todo indicaba que la cárcel no había cambiado a su padre, y si no ocurría un milagro, la llevaría con él de vuelta a sus oscuros negocios. Nunca más volvimos a saber de ella.

(...)

Me contaba mi hija Karina que la nueva profesora no deja de hablarles de los niños abandonados, de los centros de menores que les acogen y les ayudan a construir sus vidas de nuevo.

Al oírla aterrizaron en mi mente los recuerdos de aquella semana que pasé hace once años en el centro de menores de la periferia: aquellos religiosos que cambiaron mi manera de entender la fe, aquel lugar que siempre te regalaba unos amaneceres espectaculares y, por supuesto, aquella niña que nunca se marchó

de mis pensamientos. No pude evitar las lágrimas al escuchar a Karina relatar emocionada las vivencias de su profesora.

Cuando terminó de hablar, me miró fijamente y me dijo: "Mamá, cuando sea mayor adoptaré a un niño de algún centro de menores. Siento que debo hacerlo". No supe qué decir. Como tantas veces me ocurría con ella, me había vuelto a dejar sin palabras. Le sonreí y decidí que aquella calurosa mañana de mayo la acompañaría yo al colegio.

Durante el camino siguió contándome más cosas acerca de la nueva maestra. Me sorprendió comprobar que Karina le tenía una gran estima, y cuando se lo hice saber, me contestó: "¡Es que no sabes con qué amor nos trata! ¡Es como si tuviese un corazón tan enorme en el que hubiese sitio para todos!".

Le di un beso en la puerta del colegio y le deseé un buen día, pero justo cuando estaba a punto de subirme al coche para dirigirme al trabajo, sentí la necesidad de conocer a esa mujer, y de darle las gracias por transmitirles experiencias tan humanas a sus alumnos.

Subí las escaleras en dirección a las aulas de 4<sup>o</sup> de Primaria y entonces la vi. Apoyada en la puerta de la clase de Karina, saludaba a sus alumnos, uno por uno, con una delicada sonrisa y un suave beso en la frente. Al ver a mi hija le acarició el pelo y le reveló que su examen del día anterior había sido brillante.

Mientras me acercaba, mi corazón cada vez latía con más fuerza. Al observarla de espaldas constaté que el paso de los años no se había llevado consigo su melena rubia, que descansaba bajo unos hombros que dejaban a un niño para abrazar enseguida a otro. De repente, se giró hacia mí y mi mirada se encontró con unos ojos azules, que a pesar de todo, invitaban a seguir confiando en el mundo. Allí estaba ella: la niña que vino del este.





# La ÚLTIMA VISITA

Irene Cortés del Moral

—Perdone, ¿podría decirme en qué habitación está Ricardo Castellanos?

—Un segundo. Castellanos... Habitación 322. Planta 4.

Siempre pensé que volvería a ver a Ricardo. Que por alguna casualidad encontraría algo que me condujera a él. Una carta, un recorte de periódico o una visita inesperada. Desde que se marchó a Valencia nadie volvió a verle, ni siquiera su madre. No era de extrañar que Ricardo desapareciera. Siempre quiso escapar del futuro que le esperaba: casarse, tener hijos y heredar unos terrenos con los que malvivir el resto de su vida. Él no estaba hecho para eso. Estaba segura que jamás se iría sin despedirse de mí. Algo me decía que los motivos de su marcha ocultaban una verdad mayor. Era un genio y todos lo sabíamos. Demasiado creativo, demasiado soñador, demasiado apasionado, demasiado libre... Pero no lo suficientemente como para irse sin decir adiós.

—¿Es ésta la habitación de Ricardo?

—¿Quién es usted?

—Perdona las formas joven. Soy la madre Elisa. Una vieja amiga de Ricardo, del pueblo.

—Si le conociera de verdad sabría que mi padre no era de ningún pueblo.

—Si de verdad conoces a tu padre, sabrás que en sus libros siempre habla del pueblo que un día decidió olvidar.

Me cuesta recordarle sin un libro en la mano. Era esa clase de persona que siempre encontraba el lugar y la manera de hacer lo que amaba y de amar lo que hacía. Ricardo sabía que era talentoso, a pesar de que su familia intentaba de convencerle de lo contrario. Todo adquiriría una dificultad mayor con unos padres que menospreciaban aquello que se saliera de cuidar a los animales o de no estar en casa. La idea de ir al colegio o de recibir clases nocturnas era una cara locura que pocos en aquel pueblo podían costear. Pero el ansia por sacar todo aquello que le estallaba adentro fue mayor que cualquier obstáculo que se cruzase en su camino.

Jamás olvidaré cómo empezó la imparable erupción de arte de Ricardo. Como un volcán. Ardiente. Feroz. Y sobre todo, cómo aquella explosión de vida pondría la mía patas arriba. Fue el día que aquel niño vino a nuestro caserío a hacer sus primeros repartos de huevos. Me preparaba para mi hora de lectura con la tutora. Oí a los perros en la parte trasera de la cocina y corriendo acudí al encuentro de aquel barullo. Un Ricardo joven, enclenque y asustado por cuatro ladridos yacía en el suelo con media docena de huevos rotos en su cabeza. Rompí a reír. Una carcajada sincera brotó de mí ante aquella peculiar escena. Y aún con la clara goteando por la nariz, Ricardo se empezó a reír también. Dos completos desconocidos riendo por primera vez como si se conocieran de toda la vida. Traté de serenarme y retirarle las cáscaras del pelo. Pero entonces, me topé con sus ojos. En ese instante descubrí que se puede sonreír con la mirada y que hay miradas que son capaces de imantar para el resto de los restos. Oírle hablar sirvió para confirmar mis sospechas.

—Deberías enseñar a tu perro a saludar de forma más simpática —dijo mientras se levantaba como podía de aquel viscoso desastre.

—No la tomes con él. Es el perro de mi padre, le debe haber pegado sus malas pulgas —bromeé.

—Y peores tendrá cuando vea dónde está su cena. Podéis tomarme de postre cuando me mate —se atrevía a ironizar—. Poco hecho, por favor.

—Diremos que he sido yo. Ser la niña de papá tiene sus ventajas de vez en cuando aunque odie no poder salir de casa.

—Ni que vivieras encerrada... —murmuró.

—Mi padre se empeña en que esté en casa. Aquí está todo lo que necesito: atenciones, libros, música... —suspiró—. Aunque la verdad es que echo de menos salir de estas paredes repletas de trofeos de caza.

—Así que libros... —pensó en voz alta—. Tengo una idea.

Aquellas tres palabras fueron el inicio de la historia que supondría un antes y un después en mi vida. Me encontraba con Ricardo cada día antes de que amaneciera. Mientras todo el servicio dormía, nos veíamos en el lago próximo a mi casa. Yo salía de aquella prisión de lujos unas pocas horas y a cambio le enseñaba a leer y a escribir. Esperaba con impaciencia cada noche nuestra fuga. Ansiaba ver a Ricardo. Era hechizante ser testigo de cómo se entusiasmaba cada vez que aprendía algo nuevo. Nos vertíamos vida el uno a otro sin esperar nada a cambio. Ricardo absorbía todo de forma asombrosa. Era capaz de recitar de memoria a Shakespeare y creerse Hamlet mientras sostenía una piedra y pronunciaba con cara de loco "To be or not to be". Por supuesto, mi papel de Ofelia estaba adjudicado: loca de remate por el héroe chiflado que le había robado el corazón. Bastantes años después, paradójicamente, nos veríamos inmersos de pleno en la mayor historia de amor de nuestras vidas. Aunque por desgracia, esa obra con final feliz no se estrenaría jamás.

Aún conservo en mi mente los primeros versos que me recitó. Me encantaba su espontaneidad. La capacidad que tenía para hablar era de otro mundo. Verle de espaldas mirando al lago cada mañana mientras me esperaba era mi rutina preferida. Toda una gama de naranjas se absorbían en su cara dibujando en su piel el paisaje más hermoso que jamás he visto.

—Creía que no vendrías.

— ¿Estás loco? ¿Cómo no voy a venir? —repliqué—. Te he traído algunos poemas de Garcilaso.

—Fantástico. ¿De qué habla ese tal Garcilaso?, ¿guerra?, ¿acaso comedia?

—Amor loco —respondí sin tapujos—. Normalmente en la naturaleza. Es como... como si quisieras tanto a alguien como para hacer locuras. Un amor libre y desmesurado incapaz de contener. Tanto, que la naturaleza es el único lugar donde los amantes pueden decir y hacer todo aquello que sienten. Aunque a veces, tanto amor va acompañado de dolor. No todo puede salir bien —sentenció.

El rostro de Ricardo cambió. Quedó impactado por aquellas palabras. Le llegaron hondo y las asimilaba en silencio. Tragaba saliva y se mojaba los labios. Desvió la mirada hacia mi boca y se quedó ausente. De repente rompió el silencio.

—Cuenta seis.

—¿Seis?

—¡Hazlo! —insistió.

Antes de pronunciar si quiera el primer número ya tenía a Ricardo sobre mis labios. Todo enmudeció y el tiempo se detuvo unos instantes. Nos despegamos y nos miramos frente a frente. Algo grande empezaba y ambos lo sabíamos.

Los años fueron pasando por nosotros. Crecimos física y espiritualmente. Todo se nos hacía pequeño y las horas en el lago se nos quedaban cortas. Empezamos a experimentar unos cambios que dejaron en segundo lugar la inocencia y los libros. Los juegos de niños pasaron desapercibidos eclipsados por un deseo desmesurado por estar más unidos que nunca en un entorno lleno de obstáculos y mentiras cada vez más difíciles de justificar. Era una combinación casi perfecta que, forjada amanecer tras amanecer desde los doce años, se convirtió en algo imparable que nos hacía temblar por dentro. Era una constante explosión de besos y abrazos que se repetían en infinitas réplicas de sí mismos cada mañana,

pero que siempre dejaban la misma sensación de abundancia en el pecho al acabar el día. Todo era perfecto, hasta que llegó el invierno del cincuenta y cuatro. Heló más de lo esperado y sin esperarlo, el frío nos caló hasta el corazón.

—¿Qué ha venido a hacer aquí? Mi padre no quiere ver a nadie, los médicos han dicho que necesita reposo absoluto.

—He leído en la prensa que está bastante enfermo. Quisiera despedirme de él, vengo de muy lejos y no me iré sin ver a Ricardo. Necesita saber algo.

La noche del 23 de diciembre mi padre irrumpió en mi habitación. Mi tía Amalia regía uno de los hostales más importantes de Jaén. Según él, había caído enferma y necesitaba ayuda en las vísperas de Navidad. Era muy urgente y debía partir a la mañana siguiente de inmediato. Me negué en rotundo a marcharme. Repliqué y repliqué, pero un bofetón sirvió para hacerme desistir en mi intento de no separarme de Ricardo. Sería la primera vez en cien años que faltaría a mi cita en el lago. Me entristecía pensar que Ricardo pasaría toda la mañana esperando mi llegada en el día de Nochebuena sin saber cuándo volvería a verme. Cuando mi padre abandonó la habitación, me dispuse a escribir una nota que Ricardo encontraría en el estante. Allí le explicaba los motivos de mi marcha temporal y que nos veríamos de nuevo ya entrado el año. Pero para mi ingenuidad, aquella noche alguien no solo se encargó de que aquel mensaje lleno de amor y buenas intenciones nunca llegara a su destinatario. Sino que procuró que jamás volviera a verle.

—Mire, no sé quién es ni qué es lo que quiere. Voy a bajar a por un café y espero que cuando vuelva haya salido de la habitación. Si no, llamaré a las enfermeras. Buenas tardes.

—Gracias. No se arrepentirá.

Decidir si reencontrarme o no con él me llevó mucho tiempo. La idea de estar juntos otra vez y entre cuatro paredes me parecía una locura. Me encogía el alma pensar que podría tenerle tan cerca después de tanto tiempo. Mirarle a los ojos y escuchar de nuevo su voz me aterraba. No temía sus palabras. Ni

siquiera la explicación que justificaría su marcha hace tantos años. Era un pánico emocionante y deseado. Como quien es consciente de que la altura es atávica, pero en el fondo sabe que pase lo que pase la caída no será en balde. Era curioso darse cuenta de que después de haberme pasado años mirándole cara a cara, piel con piel, corazón con corazón... diez segundos iban a significar tanto como para llenar cincuenta años de ausencia.

—Le he dicho a mi hijo que solo puede entrar el doctor Lozano. ¿Viene a darme la extremaunción?, ¿ya me dan por muerto? ¡Márchese por donde ha entrado vieja monja!

—Yo... Yo soy...

—¿Le envía mi hijo?, ¿cómo ha entrado aquí? Llamaré a seguridad.

—Ricardo, ¿no me recuerdas? Sé que parece imposible... pero soy Elisa.

—Salga inmediatamente de esta habitación, ¡Elisa está muerta!

Me llevó tiempo explicar lo que pasó hace cinco décadas a un Ricardo arisco, necio y consumido por la mala vida. Se negaba a pensar que la única mujer a la que quiso no había muerto. La mala suerte siempre estuvo en nuestra contra y por desgracia un paseo nocturno de mi padre sirvió para que descubriera el preciado secreto del que solo el lago era conocedor. Consumido por la idea de que su única y preciada hija yacía cada mañana con un pueblerino, tramó un plan para acabar con nuestros encuentros. El hombre al que yo solía llamar papá se encargó de que el pueblo amaneciera con la triste noticia de mi falsa muerte al día siguiente. La dulce hija del Señor de Montoro había fallecido de camino a Jaén asaltada por tres bandoleros en una zona conflictiva de la Sierra Mágina. Con el éxito de una parte de su macabro plan, solo faltaba hacer desaparecer a Ricardo. La larga lista de contactos de mi padre fue suficiente para que aquel adolescente destrozado por la repentina pérdida fuera llamado a combatir en la Guerra de Ifni. El 3 de enero Ricardo partió al suroeste de Marruecos sin mediar palabra con la única compañía de una maleta llena de libros, ropa ligera y muchos sueños rotos.

Volví al pueblo a finales de enero. Impaciente, dejé las maletas en el salón y corrí hacia el lago. Volver a encontrarme con Ricardo me aceleraba el pulso.

Pasaron semanas y no aparecía. Bajé a la granja que regentaba su familia, pero allí solo recibí malas noticias. Ricardo se había ido a la guerra. Mi vida en el pueblo carecía de sentido sin él. Ya no tenía nada que hacer allí. Decidí que nunca volvería a querer a nadie como quise a Ricardo. Dolida por una marcha injustificada, volví a Jaén y entré en el convento que hoy regenta desde hace más de veinte años. Cerré mi corazón y guardé silencio. No había nada que decir. Ricardo ya no estaba.

—No lo puedo creer... ¿Cómo descubriste el engaño? Tengo tantas preguntas y me temo que el jodido cáncer no me dejará tiempo suficiente para escuchar todas las respuestas.

—Mi padre me lo contó en su lecho de muerte hace unos meses. Lo único que me ha traído aquí es pensar en la posibilidad de que estuvieras vivo.

—Al final las malas pulgas pudieron con el Señor de Montoro.

Rompimos a reír de nuevo. La que pudo ser la historia de nuestras vidas acabó como empezó: a carcajadas. Dos ancianos riendo en la habitación 322 del piso 4 hablando de lo que pudo ser y no fue. Éramos la tragicomedia en persona. Sin embargo, el destino caprichoso nos debía una y nos la devolvió cincuenta años después con unos rostros arrugados, unas manos temblorosas y una salud pésima. Tuvimos un romance sin fotos, sin canciones, sin largos paseos, sin hijos, sin domingos por el parque... nos quedaba poca vida, Ricardo lo sabía. Pero los días que nos quedaban, estaríamos juntos.

—¿Por qué me has encontrado?

—Porque nunca he dejado de buscarte.





# AGUJEROS DE GUSANO

Edelweiss

Laura Coves Fernández

El sonido de las olas muriendo sobre la fría piedra del acantilado; la melodía que satura mis sentidos mientras contemplo el horizonte con la mirada extraviada en el pasado.

Ha sido un impulso el que me ha conducido a esta situación, un acto visceral que me ha colocado frente al fin del mundo, frente a mis deseos ocultos, frente a mis miedos. Soy consciente del vacío ante mí, de las escarpadas rocas y el arbolado mar. Sé que con solo un movimiento caería, rindiéndome al empuje de la gravedad, para dejar que, en el último instante, las gélidas aguas me envuelvan en un abrazo eterno contra la caliza. Sería tan sencillo hacerlo y librarme de este pesado sentimiento que encoge mi corazón. Mas, ¿haría lo correcto? ¿No es un acto cobarde quitarse la vida sin haber intentado buscar la raíz del problema? ¿Por qué estoy huyendo tan míseramente en vez de plantarle cara, de luchar, de intentar ganar la batalla? ¿En qué momento me convertí en esta cosa, en este ser carente de personalidad, en esta cáscara vacía que solo es capaz de ascender un acantilado buscando la muerte?

El viento agita mi ropa, remueve mis cabellos y corta mis labios. Y yo sigo inmóvil, suspendido en el tiempo, pensando qué hice para merecer tanto pesar.

Cuando era pequeño todo daba igual. Los adultos esbozaban una media sonrisa

y lo dejaban pasar y los niños... Para los niños era un juego. Al fin y al cabo, éramos inocentes y no entendíamos de prejuicios sociales.

Los prejuicios se alcanzan conforme vas creciendo. Son algo que no se enseña abiertamente, pero que está ahí. En los gestos, las palabras, las miradas, en los empujones al salir del aula, en las distancias en el metro, en las risas, las zancadillas, los codazos, en las llamadas anónimas, en las cartas sin remitente, en los cristales de una ventana rota, los pedazos de una carpeta rasgada, en los hematomas y en las heridas que se provocan donde nadie puede verlas. Los prejuicios siempre están ahí, como sombras que te persiguen donde quiera que vayas hasta que te alcanzan y te devoran. Sí, te devoran lentamente, royendo hasta los huesos, sorbiendo el tuétano. Y cuando no queda nada de lo que eras, entonces se deshacen de ti como de ese trapo viejo que ya no se puede usar.

Los prejuicios me alcanzaron cuando tenía apenas doce años. Aún puedo recordar ese momento en el que las miradas de mis amigos se tornaron hostiles, aún puedo sentir la vergüenza y el desconcierto.

Solo dije lo que pensaba, lo que sentía en mi corazón.

Aquellas modelos semidesnudas, aquellos pechos redondos, no me atraían. No las veía con los mismos ojos que ellos. No me excitaban. A mi parecer eran solo un puñado de mujeres. Solo eso.

Ellos no lo entendieron.

Mi mejor amigo, un chico al que conocía desde pequeño, con el que compartía anécdotas y aficiones, con el que había pasado muchas noches en vela de charlas y películas, planteó la pregunta que todos querían formular.

“Entonces... ¿Qué te gusta a ti?”

Supongo que aún era inocente, que aún no sabía cómo era la sociedad, cómo eran los estándares a seguir. Y contesté a esa pregunta cuando debería haber guardado silencio.

“Tú”

No volvieron a llamarme para salir. Él dejó de hablarme. El resto comenzó a ignorarme, a rehuir mi mirada, a evitar mi contacto. Me marginaron, me abandonaron, me rechazaron.

El parásito comenzó a engullirme.

Y mi madre me llevó al psicólogo por primera vez.

El psicólogo era joven y amable. Siempre me trató con respeto, nunca me despreció y me ayudó a comprender muchas cosas que aún hoy día me cuesta asimilar. Nunca estuve enfermo y él fue el único que siempre lo supo, el único que entendió por lo que estaba pasando, el único que me tendió su mano en vez de retirarla.

Un puñado de buenos recuerdos donde los demás no ven nada.

Esas cosas no duran mucho.

A los catorce años recibí mi primera paliza.

Me llevo inconscientemente la mano al estómago recordando el dolor de los puñetazos, de las patadas que me propiciaron cuando estaba indefenso en el suelo. Recuerdo el sabor de la sangre en mi paladar mezclándose con las lágrimas que rodaban por mi piel con cada golpe, con cada insulto.

Me intenté defender, pero eran más fuertes, más grandes y me odiaban. Al final me quedé quieto, encogido, esperando a que cesaran los golpes, aguardando.

Cuando se deshicieron de toda la cólera, se marcharon. Yo no pude hacer lo mismo.

Me ingresaron en el hospital; a ellos los expulsaron.

Un año después nos mudamos.

El tono grisáceo del horizonte, esa delgada franja entre el mar y el cielo, me recuerda al día en que recorrí por primera vez las calles de mi nuevo hogar.

No me gustaba aquel lugar. Era frío. Del color del acero. Triste. Muy triste.

Pero aquel desamparado rincón trajo consigo un pequeño haz de luz, una diminuta mota que entibió la gelidez que se extendía por mi pecho.

Lo conocí en el verano de mis dieciséis.

Era dos años mayor y tenía los ojos más bonitos del mundo. Su familia alquilaba un apartamento y veraneaban en aquella ciudad. Lo conocí por casualidad en una heladería.

Me gusta leer. Siempre me ha apasionado sumergirme en los libros y perderme entre sus páginas. Ha sido mi manera de evadirme del mundo, y lo sigue siendo. Aquel día leía poesía.

*Estoy mirando, oyendo,  
con la mitad del alma en el mar y la mitad del alma  
en la tierra,  
y con las dos mitades del alma miro al mundo.*

Neruda...

Siempre me ha gustado Neruda.

Esos cuatro versos recitó su voz desde mi espalda. Los cuatro versos de aquel poema que estaba leyendo.

A él también le gustaba Neruda.

Comenzamos siendo dos buenos amigos que compartían aficiones, pero los días dieron paso a los sentimientos y estos, a algo más.

Nos gustaba hacer senderismo. Nos llevábamos la comida en una mochila

y nos pasábamos todo el día perdidos en el monte. Después de comer nos acurrucábamos a la sombra de algún árbol, nuestros cuerpos extendidos sobre la aromática hierba. Me acariciaba la cabeza con ternura mientras enredaba sus largos dedos entre mis revueltos cabellos. Yo le devolvía las caricias rozando con mis labios la tierna piel de su cuello. Siempre reía. Mis besos le hacían cosquillas.

Íbamos también a la playa. Era un viaje de un par de horas en coche. Paseábamos por la orilla agarrados de la mano, ignorando las miradas de los otros bañistas. Nos dejábamos acariciar por las olas y por el sol. Reíamos. Jugábamos. Y cuando el brillante astro comenzaba a ocultarse, trepábamos a los acantilados y nos abrazábamos.

Me enseñó cosas que hasta aquel momento yo solo había podido soñar. Nos besábamos, nos acariciábamos, nos amábamos... Y me susurraba al oído palabras que nunca antes me habían dicho, palabras sinceras, sin los oscuros prejuicios carcomiéndolas. Gracias a su cariño, me sentí vivo.

Los dos veranos que estuvimos juntos nunca los olvidaré.

Ha sido el único que me ha abandonado apropiadamente, sin destrozarme y sin excusas. El único.

Se fue a estudiar al extranjero y los veranos se acabaron para mí. Aún mantenemos el contacto. Ahora es médico y vive en un país tolerante. Se casará en verano. Espero que les vaya bien.

La humedad del ambiente forma pequeñas gotas que al secarse dejan senderos de salitre marcados sobre mi piel y mi ropa. Con un gesto espontáneo deslizo la lengua por los labios, saboreando la sal acumulada. Enfoco las pupilas en las pequeñas olas que van creciendo cuanto más se acercan a la costa. El color cobalto del mar y el plomizo cielo. Las nubes almidonadas. Los veleros que cabalgan las corrientes a lo lejos. Precioso. Melancólico. Intenso.

Al cumplir los dieciocho me marché de casa. Cogí lo necesario, me despedí de todos y me fui. Decidí estudiar psicología. Fue una buena decisión.

De mis años en la universidad puedo contar poco. Fui un buen estudiante. Obtuve buenas notas. Conocí a bastante gente, algunos me respetaron (y aún lo hacen) y otros me juzgaron por mis preferencias sin conocerme.

Mantuve algunas relaciones, pero siempre duraron poco. Tuve parejas que no quisieron admitir nunca delante de otros lo que eran en secreto. Se burlaban de mí de día, cuando estaban sus amigos y por la noche se enredaban entre mis sábanas, pidiéndome el calor que por el día me negaban.

Tuve amantes indecisos. Probaban a estar con hombres para confirmar que les gustaban las mujeres. Cuando les pedías algo más se quedaban con ellas, o se buscaban un amante masculino menos exigente.

Mantuve relaciones muy cortas con chicos que sufrían en silencio por los mismos prejuicios que yo. Muchos de ellos me dejaron por la presión del sistema, por volver al modelo ideal que les pintaban los demás, volver a lo correcto, a lo normal.

Uno de ellos murió. No pudo soportarlo y fue un cobarde. Se quitó la vida. No puedo recriminarle nada. En estos momentos estoy pensando en seguir su ejemplo.

He estado buscando trabajo. Dicen que la sociedad ahora es más abierta, que mi país se está modernizando, pero para mí sigue siendo difícil. En algunos lugares las mentes siguen herméticas al avance y no me miran cuando les hablo. En otras partes son más flexibles, pero muy exigentes.

Y el acoso sigue vigente. Siguen los insultos, las burlas, el desprecio, la violencia... El parásito crece, engorda, alcanza el hueso y lo perfora. Y sigue chupando, sorbiendo el néctar de mi vida. Y cada vez me siento más vacío, más triste, más solo.

Voy a saltar.

- Bonitas vistas, ¿no crees?

Me sobresalto. No lo he visto llegar ni colocarse a mi lado. Sostiene una cámara réflex y está haciendo fotografías. Parece joven. Tal vez tenga mi edad.

-Pero deberías alejarte del borde. Es peligroso. ¡Oh! ¡Lo encontré!

Se acuclilla en el suelo y enfoca la cámara. Toma una captura.

-¡Precioso! -me mira con ojos brillantes-. Desde ahí no puedes verlo. Acércate, acércate.

La intriga me vence y me acuclillo a su lado. Entre la escasa vegetación, sobre la roca puedo observar unos extraños orificios.

-¿Sabes lo que son?

Guardo silencio y niego con la cabeza. Mi nuevo compañero sonríe, con la sonrisa más bonita del mundo.

-Yo los llamo agujeros de gusano-explica-. Aunque en realidad son pequeñas perforaciones hechas por los moluscos a lo largo de los años. Cuando los veo así, a simple vista, me recuerdan a los agujeritos que hacen los gusanos en la arena, pero si miras dentro-me pasa la cámara-, descubres un mundo nuevo.

Increíble. Diminutos cristales de sal que brillan con la luz dentro de un pequeño agujero del tamaño de una moneda y en el fondo un pequeño lago de aguas cristalinas.

-Bonito, ¿verdad?-asiento-. Aunque no todos tienen agua o sal. Algunos están vacíos.

Contempla el horizonte. El silencio nos envuelve durante unos segundos, hasta que él decide volver a hablar.

-La gente piensa que tengo gustos raros porque fotografío lo que otros no ven o no aprecian. Lo mismo que ocurre con mi hobby sucede con todo lo demás. No me entienden, dicen que soy diferente, extraño. Se burlan de mí y me hacen daño.

Pero, ¿sabes qué? Son esas pequeñas diferencias las que nos hacen grandes, porque si todos fuésemos iguales el mundo no tendría sentido-hace una pausa-. Estoy orgulloso de ser como soy, con todas mis cualidades y mis imperfecciones. Y me dan igual los prejuicios ajenos.

Se levanta y se aleja del abismo, marchándose.

-La próxima vez que vengas aquí, mira el suelo y busca los agujeros de gusano. A todos los demás les parecerán insignificantes, horribles y estúpidos, pero a algunos nos resultan hermosos. No deberían desaparecer, ¿no crees?

Me quedo solo, con el abismo a mis espaldas y frente a mí un rayo de esperanza que se desvanece. Clavo mi mirada en los orificios a mis pies. Vuelvo a mirarle a él.

Está esperando.

No puedo evitar sonreír.

El parásito siempre estará ahí, siempre buscará mi muerte. Pero, ¿por qué prestarle atención a la opinión de aquellos que no saben apreciar las peculiaridades de cada individuo?

Me acerco al fotógrafo.

-Gracias.

Él vuelve a sonreír.

Nos alejamos lentamente, hablando, conociéndonos, riendo; y el acantilado se queda atrás.

El sonido de las olas besando las piedras del solitario acantilado; la melodía de un futuro por vivir.



# Danza, Tormenta Y Luna

Inés Borrego Soriano

Hoy me dirijo a ese rincón lejano y escondido en lo más hondo de mí. Al océano feroz que guardo y se desborda, con olas que rompen sobre la orilla del pasado y me empujan al rancio olor de heridas, lágrimas y sal. A la noche oscura que me atormenta, en la que las estrellas continúan afilando sus destellos y resquebrajándome la cordura, el equilibrio y los sentidos. A las cartas que custodio llenas de consejos y lecciones en lenguas muertas, por si algún día se convierten en la respuesta a mi interrogante quebrado.

Sabes de qué rincón hablo, porque también tú vives condenado a recordar y maldecir a ese alguien que te trajo el océano feroz, la noche oscura y el interrogante quebrado. Porque apareció de soslayo, sin hacer mucho ruido, como quien no viene para quedarse, sólo a saludar. Y porque le permitiste, sin siquiera quererlo, acampar en tus deseos, revolotear alrededor de tu tiempo, enredarse por tu pelo.

Yo también vivo preso de su recuerdo. Porque la creía mansa, suave, brisa. Pero lo que yo no sabía es que traía consigo el efecto mariposa; estaba condenado a que un simple soplo de sus labios acabara resquebrajando mis cimientos.

Y aún se tambalean cuando recuerdo el día en que la conocí.

Ella caminaba entre los almendros que comenzaban a florecer. Yo me escondía

detrás de las frondosas ramas, pues siempre he tenido mucho respeto por lo sagrado. Y Selene mimando a los almendros era lo más parecido que había visto nunca a un ritual.

Caminaba ligera y pequeña, pero firme. Su pelo rojo caía dibujando una cascada en su espalda, y a modo de bandera, ondeaba tras ella. Meciendo el dulce vaivén de sus caderas. Sus piernas eran tersas, y su cuello, cuanto menos, apetecible. Su piel era tan cristalina que casi me permitía ver a través de ella. Y sus labios formaban una mueca de asombro y tentación que me hacía tiritar.

Caminaba con la facilidad con la que una hoja se deja acariciar por el viento. Parecía sal arrastrándose por la orilla y escurriéndose entre la arena. Cada movimiento suponía una explosión de magia y fiesta. Hasta su manera de pestañear era deliciosa.

En ese instante habría dado hasta el último centímetro de mi piel por saber su nombre. Por atrapar su risa. Por indagar en sus misterios.

En una de sus idas y venidas fijó su mirada en mí y me inundaron sus ojos tintados con mar. Fue ahí cuando adiviné que estaba perdido. Que por mucho que quisiera escapar, un hilo invisible que me empujaba hacia ella crecía entre nosotros. Me fallaban las piernas, no conseguía respirar, y me sentía como un imán roto que había encontrado un trozo de hierro.

-¿Buscas algo? - dijo, mientras sus pupilas vaticinaban entre congelarse o quemarme.

-Yo... yo... He venido a echarle un vistazo a los almendros del pueblo. - alcancé a decir con la voz estrangulada.

Y con una indiferencia que debía haber ensayado cien veces antes, apartó la mirada, giró la cabeza y el hilo se rompió. Pero el enigma de su cuerpo pequeño y frágil seguía suponiendo para mí un delicioso misterio que me atraía hasta dejarme exhausto.

Una vez hubo recorrido todos los rincones, cambió. No me refiero a que hiciera

una mueca o a que se arreglara el pelo. Simplemente cambió. Dejó de ser la que era, y el mundo se detuvo durante unos segundos para verla. Incluso juraría que los almendros también se giraron para no perder detalle de ese renacer.

La piel de Selene, blanca transparente, adquirió matices rosas, grises y azules. Sus labios se hicieron aún más carnosos, y en silencio gritaban que podrían enseñarme todos los secretos que Saturno custodiaba en su anillo. Tenía dos océanos atentos y vigilantes guardados a presión en la cuenca de sus ojos. Sus pecas crecieron, se retorcieron y causaron erosiones en la superficie de su cuerpo. Su cuello se alzó, y sus piernas comenzaron a danzar. Con suma elegancia. Precisión. Belleza. Selene absorbía toda la luz del Sol mientras el resto del cielo oscurecía. Las mariposas revoloteaban a su alrededor. El viento mecía su pelo, y con el contacto saltaban chispas. Y después rayos.

Desató una temible tormenta, tan poderosa que en un solo segundo el agua me había calado hasta los huesos.

Desapareció. Y, en un instante, anocheció.

Pasaba allí las tardes. Observando a Selene, su ritual con los almendros y la secuencia de su danza. Y aunque parecía que en un principio mi presencia le irritara, su desdén se acabó transformando en transigencia. Y luego, me atrevería decir, que en agrado.

-¿Me ayudas? - dijo entre jocosa y preocupada. Hablaba como si no fuera consciente de sí misma; el ser más bello y fantástico que el mundo había conocido.

Ya no lo recordaba, pero su voz parecía la de un ángel susurrándome al oído sus malévolos pecados. Y, por si con ello no bastara, sus ojos continuaban ejerciendo sobre mí esa atracción que me hacía olvidar hasta el sonido de mi nombre.

-¿Cómo podría hacerlo? - fue lo único que, tras largos segundos, mi mente logró articular.

Ella rió. Al principio fue una risa tímida, pero en segundos se convirtió en un rugido. En un cálido arañazo. En un dulce zumbido. Suspiró. Y ahí fue cuando la

descubrí poderosa y frágil. Feroz y delicada. Diosa y a la vez humana.

Se señaló el pelo y de pronto lo comprendí. Llevaba enredadas cientos de flores en el pelo. Y mariposas. Y flores de almendro.

Me acerqué y percibí su fragancia; miel y tierra mojada. Yo le acariciaba el pelo, y ella me contaba cientos de historias. Miles. Tenía una manera de hablar diferente, como si entonara cada sílaba. Como si las manos más bellas estuvieran tejiendo sus cadencias en el arpa.

Me aterrorizaba quitarle todas las flores y no tener más excusas para permanecer tan cerca de ella. Escuchando el compás de su respiración. Así que medí tanto mis movimientos que estuvimos en esa posición horas, y a medida que el tiempo fluía, mi noción de la realidad se desvanecía.

Intimamos tanto que me permitió ver su danza a tan sólo unos metros de distancia. Fue entonces cuando descubrí que el gris de su piel no era un gris normal, sino ceniza. Que tenía también reflejos de color crema. Que su pelo era más rojo de lo que había imaginado. Y que cada vez que se marchaba los sucesos se repetían: dejaba una capa de magia y un hondo pozo en mi estómago. Una tormenta. Y una fría noche que se abrigaba con un manto de luna y estrellas.

La idea de que Selene era algo más que humana dejó de ser una simple hipótesis para convertirse en una realidad. Pero a mí, lejos de incomodarme, los secretos y misterios que encerraba me habían hipnotizado. Y con ellos su secuencia: danza, tormenta y luna.

Cada tarde ella aparecía dispuesta a enseñarme algo nuevo. Con cientos de flores enredadas en el pelo. Con un vestido de gasa blanco. Y con sus pequeños pies al descubierto, pues decía que la tierra es demasiado pura como para ofenderla con nuestros zapatos.

Así pasábamos las horas, ella explicándome cualquier detalle del mundo y yo intentando aprender los interrogantes de su cuerpo. Contando cuántas pecas guardaba en el cuello. Pretendiendo, sin mucho éxito, no caer en el abismo que

para mí suponían sus hoyuelos.

La atracción que su delicada silueta imponía sobre mí sólo crecía, así que cuando me permitía el lujo de mirarla, me perdía. Estando ahí sin saber estar. Incluso, a veces, sin saber ser. Aferrándome a cualquier resquicio de lo que un día fue de mí. De lo que tal vez seguía siendo. Y de lo que raramente en un futuro sería.

Llegué a amarla antes incluso de saberlo y pretenderlo, pues jamás había estado entre mis planes enseñarle el mapa de mis entrañas a un desconocido para que paseara por sus alrededores sin ninguna preparación. Sin avisar y sin cuidado. Sin conocer siquiera las pequeñas grietas que mis muros esconden. Ni las grandes cicatrices que a veces me impiden respirar. Y ahí la sorprendía cuando menos me lo esperaba; paseando por sus jardines, recorriendo mis laberintos, averiguando mis secretos.

Me enseñó tantos lugares que apenas logro recordar un par de detalles de cada uno de ellos. Era imposible que, en un pueblo como aquel, pudiera esconderse un lago tan azul. O un mar tan bravo. O una montaña tan nevada en primavera. Así que cada día me convencía más de que ella misma dibujaba los paisajes y, que con un poco de magia, los hacía realidad.

Pero, si hay un lugar que ni después de muerto podría olvidar, es el claro. Aunque de claro no tenía nada. Pero ella era así, ponía nombres que sólo tenían sentido en su cabeza de bailarina loca. Llegué a la conclusión de que era mejor no intentar comprenderlos.

Fue allí donde la sorprendí vagando por los recovecos de mi pecho, aferrándose a mi piel. Donde me dejó beber su fragancia de tierra mojada, café y miel. Donde me despertaba contándome las historias y romances de todas las estrellas. Donde agrietó su coraza y me mostró un resquicio de su alma:

-En unos días voy a enfermar. Tanto que ni me brillarán los ojos. Ni la piel. Estaré tan enferma y cansada que sólo tendré fuerzas para respirar entrecortadamente. - espetó, como quien habla de un tema trivial con alguien

intranscendente.

- ¿Cómo sabes que vas a enfermar? - dije riendo. - Nadie puede saberlo.

- Ningún humano puede, pero sabes que no soy como vosotros. Yo no soy constante, voy y vengo. A veces fuerte y otras débil. - sollozó mientras soltaba en un suspiro el aire que todo un bosque podría contener. - No puedo quedarme nunca para siempre, porque cuando me asiento enfermo, desaparezco y empiezo de cero en otro rincón del mundo. - hizo una pausa. - Deseé ser la Luna para reinar la noche. Para hacerme una corona con el cabello de las estrellas. Para mecer el mar. Para alzarme pletórica sobre las colinas. Para perseguir al Sol. Deseé ser la Luna para reinar la noche, no para convertirme en su esclava - susurró mientras el océano de sus ojos presionaba contra sus pestañas intentando desbordarse.

Yo la miré perplejo. Casi sin respirar. Debió entender la pregunta en mi rostro, porque añadió:

- Aquella tarde en los almendros yo estaba pletórica y llena de vida. - dijo casi con fastidio. - Era luna llena, y yo tenía el poder suficiente como para alumbrar todo el cielo. Sin embargo, esa belleza no era una fuente infinita, pues el ciclo avanza, la luna llena se encoge y me convierto en menguante, cada vez más pequeña, cada vez más oscura. Enfermo. Deliro. Pierdo fuerza. Y tras agónicas noches en las que sólo puedes observar una rayita de luz en el cielo, me consumo, desaparezco y se alzan las gélidas sombras de la luna nueva. Sin posible escapatoria, quedándome como única opción la resignación. - fijó la mirada en mí, y pude sentir cómo sus pupilas me apuñalaban, me atravesaban y se marchaban -. Una vez haya desaparecido comenzaré el ciclo en un lugar desconocido. Distinto. Lejano a ti. Renacer para morir. - y su océano se desbordó.

Asumir que podía tocar y tutear a la Luna era el reto más fascinante y complejo que se me había planteado nunca en mi corta vida. Sin embargo, ese esfuerzo se transformaba en tarea terriblemente fácil si lo comparaba con el que tenía que hacer para imaginármela enferma. Selene, con el brillo de los ojos siempre chispeante. Selene, capaz de desatar tormentas. Selene, que corría, brincaba, reía, amaba; y sus pasos resonaban durante horas por todo mi cuerpo.

En lo más hondo de mi naufragio intenté mantenerme a flote con un poco de esperanza; pero, si alguna vez os habéis sentido con el alma hecha trizas y las entrañas arañadas, sabréis que hay un lugar aún más profundo donde la esperanza no se atreve a llamar; el subsuelo húmedo, donde miedos, secretos y certezas conviven sin hacer mucho ruido. Fingiéndome que no existen. Y pesando toneladas. Pues precisamente ahí, en uno de mis túneles subterráneos se hallaba la verdad que Selene acababa de liberar. Tirando de mí con rabia. Encorvándome el cuerpo, agachándome la cabeza, encogiéndome el estómago.

Esa noche, durante la danza, la piel de Selene dibujaba menos colores. Sus piernas eran menos elásticas. Sus manos más pesadas. Su rostro tenso, como si tuviera que concentrarse para alejar una mueca de dolor.

Apenas hubo relámpagos durante la tormenta.

Anocheció y miré a la Luna; tan frágil, tan menguada. Y algo con forma de miedo en mi túnel subterráneo se solidificó.

Los días se sucedían a una velocidad vertiginosa, o eso me parece ahora que no tengo más recuerdo que una mancha borrosa y desenfocada. No obstante, me viene a la memoria sin esfuerzo el primer día que la observé en los almendros. El primer día que la vi, riendo. El primer día que me sorprendí leyendo en braille los secretos de su cuerpo. Y la primera noche que miré a la Luna sabiendo que miraba a Selene. Pero no consigo recordar con claridad los días que pasé cuidando de ella.

A veces me despierto en mitad de la noche oyendo sus gritos de dolor. O me apuñala por la espalda su imagen tumbada, febril, delirante. Me visitan fantasmas que me cuentan cómo la amaba, cómo la cuidaba, cómo le secaba las infinitas gotas de sudor, y cómo le acariciaba su escamada tez blanca. Se abre la herida de las noches cada vez más oscuras, con menos tormenta, con menos Luna. Y lloro esa noche cerrada en la que el cielo se cubrió con una capa de tinieblas.

Pero eso es lo único que recuerdo, retazos de pesadillas que se asoman a la orilla, golpeándome la sien, para luego desaparecer y dejar que la marea me traiga

el olor de Selene. Y sus orejas redonditas, a juego con sus pómulos colorados. Tres escalofríos con el calor que desprendía su aliento. Y unas cuantas flores que siempre pendían de su pelo.

El día que la conocí algo se encendió en mi subsuelo; la certeza de que nunca encontraría a una mujer igual, y el miedo de que mi certeza fuera verdad. Y desde entonces no he conseguido que se apaguen. Ni cientos de sirenas. Ni otras tantas estrellas.

Aún tengo sus huellas en mi piel, pequeños puñales con sabor a café que cada noche perfuman mis porqués. Esos cómo ya marchitos, y ese dónde muy lejos de lo que tal vez fue. De lo que tal vez fuimos. Llegamos a ser. A veces es sólo el eco de su voz el que trota y brinca por mi pobre corazón. Y le hace dar tantas vueltas que acaba boca abajo, columpiándose y trepando por mi pecho. Buscando oxígeno. Buscando sus silencios. Pero el recuerdo de su danza siempre se cuela por pasadizos y rendijas tan oscuras y profundas que ni yo sabía que tenía. Y allá donde llega empieza a nevar. Y a tronar.

La maldigo. A pesar de desearla y anhelarla, a pesar de soñarla, a pesar de amarla. A pesar de ser lo más hermoso que encierro en mi subsuelo húmedo; la maldigo. Porque sopló y algo en mí gimió. Porque se quedó y algo aún más grande crujió. Pero, sobre todo, la maldigo porque se fue y todo se rompió.

Pero mi maldición nunca superará el embrujo de sus ojos, así que la busco sin cesar desde la noche en la que desapareció. Durante años he visitado todos los rincones a los que ella querría ir. Y también a los que no. La he buscado hasta en círculos cerrados. Siguiendo las tormentas, confiando en que los rayos fueran producto del aire chocando con su pelo. De estrellar sus piernas contra el suelo. Confundiendo su risa con el viento, su danza con mi sombra, sus ojos con el cielo.

Pero me pierdo incluso siguiendo a la estrella polar. Porque parpadea si ella sonríe. Porque le sigue recorriendo medio cielo si se va... Y me nublo en el centro de la brújula, donde la aguja, que la dibuja, me lanza al vacío. Obligándome a volver al lugar del que nunca llegué a huir.

Soy un esclavo de la Luna. La sigo todas las noches. Y se me escapa cada día. Yo siempre aparezco tarde y ella nunca llega.

Hoy, después de tantos años dando palos de ciego, pruebo suerte volviendo a los almendros.

Hoy, para mi sorpresa, cientos de mariposas rugen por el cielo.

Hoy, tormenta. El agua me cala hasta los huesos...

Al fin llego a tiempo.





# CONSUELATE TÚ QUE PUEDES

María Sol Bagnaschino Pose

– Al Hospital General, por favor. – le dije al octogenario conductor. O eso aparentaba.

– Buenos días. En seguida. – al mismo tiempo que ponía el coche en marcha me sentí avergonzada por la falta de educación que había cometido.

– Lo siento. Buenos días. – no quería acumular más errores en mi espalda.

La radio llenaba el silencio en la cabina del taxi que olía a cuero y levemente a cigarrillo. Sonaba *Fast car* de Tracy Chapman como ironía del destino.

– ¿Es usted médica? – me preguntó el conductor en el primer semáforo rojo.

– Estoy en proceso. Por ahora, solo tengo prisa por llegar. – contesté tajante. No tenía claro dónde había dejado mis modales pero para ser sincera, no entendía aquella insidiosa necesidad de los taxistas de entablar conversación como si tres frases amenas y banales estuvieran incluidas en el precio.

Él me miró por el retrovisor antes que el semáforo cambiara de color.

– Ya que va al hospital debería aprovechar y conseguir que alguien le mirara los ojos: los tiene rojos. – Y me vio, esta vez de verdad. Vio mis ojos rojos y mi alma negra y, seguramente, también el putrefacto arrepentimiento que lo envolvía todo. Tuvo que verlo porque su semblante cambió, endulzándose y

contemplándome con otra luz.

– Esto dista mucho de un médico, señor. – Probablemente también había visto la pena atenzándome la garganta porque cuando se me quebró la voz él no se sorprendió en absoluto.

– Soy Ian, encantado. Voy a tutearte, espero el mismo trato por tu parte. Y sí, probablemente tengas razón pero no te olvides: que ellos no sepan arreglar algo, no significa que no tenga cura.

Asentí, negándome en rotundo a seguir hablando con un total desconocido.

– Probablemente me esté metiendo donde no me llaman, chica...

– Zoe. – le interrumpí.

– Probablemente me esté metiendo donde no me llaman, Zoe, pero sé lo que es vivir con remordimientos.

– Yo no...

– Venga mujer, no me vas a mentir después de 10 minutos de conversación. Menuda juventud – Sonreí, concediéndole la palabra –. Así mejor. Como te decía, te entiendo.

– Sinceramente Ian, de un tiempo a esta parte, merezco muy pocas cosas pero la última que puedo aceptar es comprensión.

– No creo que se trate de comprensión. Al final del día la comprensión no te arroja al irte a dormir, ¡no sirve ni como vasito de leche! Déjame que te cuente una historia, a partir de los 60 se nos activa un gen a las personas mayores y no podemos dejar de hablar, qué se le va a hacer.

Me acomodé en el asiento y encontré su mirada en el retrovisor, sonriéndome.

– Tenía un hijo. Bueno, sigo teniéndolo, sólo que ha cambiado su domicilio por uno que está a unos cuantos miles de días de distancia del mío. Gastó parte de su adolescencia y parte de mi paciencia rogándome por una moto. Quería ser abogado y si lo hubieras escuchado alegar por qué necesitaba la dichosa moto, creerías que ya era licenciado. Así que me convenció, por supuesto. De camino a casa desde el concesionario, un camión se saltó un Stop y... – encontró mi mirada mientras que dejaba su memoria atrás y se asentaba en el presente que tan poco tenía que ofrecer. A su hijo. A él mismo –. No hay día que no me arrepienta, Zoe.

– Sabes que no fue culpa tuya.

– Para no ser médico, sueñas como ellos. Y por mucha comprensión que quieras darme, yo tampoco la quiero. ¿Ves? No es sobre comprensión, es sobre perdón.

– Tu hijo no te culpa, no tiene que perdonarte.

Se quedó callado al tiempo que negaba la cabeza. Casi sentía su decepción porque no estaba entendiéndolo. Y cuando iba a pedirle que me lo explicara, me dijo:

– Cuéntame tu historia.

Estuve tentada a abrir la puerta y salir del taxi que de repente asfixiaba. Alejarme, poner por medio tantos kilómetros como fuera posible, sonaba como respirar en ese instante. Cuando moví la mano hacia la manija, en mi mente estalló una única pregunta: «Huir, ¿de quién exactamente?». En ese momento sí me ahogué y sólo pude salir a la superficie hablando:

– Mi madre murió hace unos años y mi padre conoció a otra mujer. Así que en un acto de censura por su nueva vida, me fui a una universidad que estaba en la otra punta del país. Nos dieron una semana de vacaciones y me pidió que la pasara aquí, con él, que su nueva mujer estaba visitando a sus hijos. Para que te des cuenta lo injusta que soy, sólo quise volver si ella no estaba: le estaba privando a mi padre de una parte de su felicidad, casi exigiéndole que eligiera a una de las dos. Y me eligió. Supongo que mi egoísmo no tiene límites porque no fue suficiente y cuando llegué y vi sus fotos compartiendo espacio con las fotos de mi madre, monté en cólera. En el calor del momento todo tenía sentido en mi cabeza, ¿sabes? La casa ya no olía a mamá, ni estaban sus pinturas ni sus libros. Ella ya no estaba, Ian. Ver la casa así, ver a mi padre así, era la prueba irrefutable de que ella no volvería, que la vida seguía transcurriendo y que el mundo no se había parado por su pérdida. Me sentía tan sola... ni siquiera a kilómetros de distancia había encontrado el consuelo para soportar su ausencia. Y se lo hice saber a él.

– Siento que no hayas encontrado ningún consuelo, Zoe – me dijo mi padre—. Pero yo sí lo encontré y quiero ayudarte a que lo encuentres también.»

» Ni siquiera voy a repetirte las barbaridades que le contesté, me siento tan avergonzada de aquellas cosas que le dije que no puedo ni conjurarlas en mi mente. Imagínate lo peor que alguien puede decirle a su padre... y aún multiplicándolo por cien, seguiría faltándote imaginación.

» Me fui, di un portazo y subí en el primer avión que salía, huyendo. Cuando aterricé, la mujer de mi padre me había enviado un mensaje: a mi padre le había dado un ictus y estaba en coma. De hecho, lleva en coma más de 36 horas. Si antes hablaba de no encontrar consuelo, ojalá no tengas nunca que esperar tres días para encontrar un avión con un asiento libre porque eso sí es desconsolador.

Para ese momento, tanto Ian como yo llorábamos.

– Querida Zoe – dijo, aclarándose la garganta–, ¿vas a pedirle perdón?

De entre todas las preguntas que podría haberme hecho, esa me dejó fuera de juego porque daba por hecho que sería lo primero que haría. Sin embargo, ahora que me ponía en tesitura, me encontré perdida. No. Me encontré cobarde.

– No sé cómo, Ian, más allá del hecho de que no está despierto. Si lo hace, si Dios quiere y lo ayuda a que despierte, ni siquiera entonces sabré cómo hacerle entender lo mucho que me arrepiento.

– Déjame explicarte algo, ahora que sólo me quedan un par de calles. Cuando te hablaba sobre no encontrar perdón, no me refería al perdón de mi hijo. Tengo la absoluta certeza de que aquellos quienes nos quieren tienen una misericordia inmensa, tanto como el amor que nos profesan. No es su perdón por el que me preocupo, es por el mío. El que me debería dar y no me concedo. No le pido perdón, Zoe, porque yo no me perdono. El peso de este error es el que no me deja dormir, no la falta de consuelo. Así que dime, ¿te perdonas?

Entendí entonces lo que quería decir Albert Espinosa cuando explicó que romper a reír o romper a llorar eran los únicos motivos que acreditan el hacerse añicos porque en ese instante me rompí yo también. Y en cada uno de los pedazos estaba escrito lo mismo: no merezco la paz de su perdón.

Ian paró el coche en la puerta del hospital, apagó el motor y se giró a mirarme,

dándome el consuelo que antes creía necesitar y que ahora me resultaba insuficiente.

- Bukowski escribió que nadie puede salvarse sino uno mismo y que merecemos salvarnos, que no es una guerra fácil de ganar pero que si algo merece ser ganado, es esa guerra. Perdónate, Zoe. Tal y como veo las cosas, del perdón depende ahora tu salvación.

No aceptó que le pagara la carrera. Creo que no hay dinero en el mundo que compensara todas sus palabras.

-¡Ah, me olvidaba! – dijo, asomando la cabeza por la ventanilla- Deja que despeje tu duda: Dios siempre quiere y ayuda. Tu padre va a despertar.

Mientras miraba el taxi perdiéndose en las calles, me llegó un mensaje al móvil: «Tu padre está esperándote y preguntando dónde estás, Zoe. Dice que te perdona.»





# UNA TARDE DE INVIERNO

Juan Pérez Crespo

El agua se deslizaba por la acera hasta el imbornal arrastrando las marchitas hojas de la morera del patio. Todo en un esfuerzo vano ya que el tamaño de su boca no permitía tragárselas y allí quedaban arrumbadas, esperando al barrendero. Las gotas caían junto a mis pies, salpicándome las zapatillas, y debido a los pantalones bombachos que llevaba puestos (por imposición de mi madre), también las pantorrillas. Afortunadamente el alero de la cubierta evitaba que me mojase más. Mientras esperaba pensaba en los charcos que se estaban formando. En ellos me veía vistiendo mis botas de caucho, divirtiéndome y cazando renacuajos. Esta era una actividad que amaba, y que, desafortunadamente, tan solo podía realizar unas pocas veces al año.

La impaciencia crecía en mí y hacía que me olvidara de mi profesora de preescolar la cual sujetaba mi mano izquierda. La conocía como Doña Amparo y era una mujer que a mí me parecía anciana, aunque, realmente, desconocía su edad – no obstante, me parecía más vieja que mi abuela Manolita, a la cual veía todos los días pues vivía dos pisos debajo del mío –. Doña Amparo había sido mi única profesora y me inspiraba un profundo respeto. Primero por su edad: a mí me habían enseñado a sentir un respeto automático por las personas mayores, casi como un reflejo condicionado; pero sobre todo por la seguridad y habilidad con la que me trataba a mí y a mis compañeros – unas cualidades que tan sólo podían haberse adquirido a través de una profunda vocación y una dilatada experiencia –.

La profesora también sentía impaciencia, pero no por cazar renacuajos.

Tan sólo quedaba yo en la puerta del módulo de preescolar, todos los demás se habían ido, recogidos por sus madres. Yo normalmente iba y volvía sólo del colegio, el cual estaba literalmente adosado al bloque de apartamentos en el que vivía. Pero como no tenía paraguas, hoy no me habían dejado salir, y estaba a la espera de que mi madre me recogiera.

Mi madre era el centro de mi vida. Tenía la habilidad de transmitirme su amor con la mirada. Tenía unos ojos grandes que resaltaban sobre su cabello oscuro. Con ella no necesitaba nada más, simplemente mirándola sabía que todo iba bien y que mi mundo era perfecto. Yo casi siempre me portaba bien, y si alguna vez me equivocaba, no le hacía falta regañarme, simplemente con su mirada me hacía sentir culpable y comprendía mi error sin explicación alguna. Esta ausencia de verbalización de las emociones tendría sus consecuencias en el futuro, cuestión que entonces desconocía.

Tras varios tediosos minutos de espera, mi madre no aparecía. De pronto, enfrascado en mis pensamientos, llego ella... Era una niña pecosa con un pelo castaño que tan sólo llegaba a cubrirle las orejas. Sus ojos se veían enormes y recorrían el patio con curiosidad, como si buscara un juguete escondido. Parecía que iba a empezar a correr para buscarlo si no fuera porque su madre la sujetaba por su mano izquierda. De repente me miró sonrió y yo le devolví la sonrisa. Nos quedamos mirando el uno al otro un rato y por primera vez sentí que miraba a una "niña", no a una compañera o compañero más, sino a alguien diferente y que me generaba una tremenda curiosidad. De la conversación que mantenían la profesora y su madre deduje que iba al mismo colegio, pero no al modulo de preescolar dado que era un año mayor que yo.

Los adultos dejaron de hablar y la profesora me dijo que la señora que tenía enfrente me iba a acompañar a mi casa. Esto hoy en día sería difícil de ver pero en aquellos tiempos era absolutamente normal. Así que me soltó la mano y por supuesto sin preguntar mi opinión, me indicó que me colocara debajo del enorme paraguas. Como no me decidía la niña actuó y cogiéndome la mano me arrastró al interior del círculo protegido de la lluvia. Comenzamos a andar

y mientras andábamos me hicieron preguntas; que si como me llamaba, que como me iba el colegio, etc. Yo respondía escuetamente, pero con la inocencia de un niño daba toda la información que me solicitaban. Así es como me enteré de su nombre, Rosa – me refiero al de la niña, del de la madre no me acuerdo—. Hablando salimos por la puerta principal del patio del colegio y allí me encontré con mi madre que venía a recogerme. Mi madre le dio las gracias a la señora y nos despedimos. Yo volví a casa un poco mojado y con la determinación de conocer a Rosa en cuanto pudiera. No tuve oportunidad, a la semana siguiente me enteré que se había marchado del colegio.

El ruido era estruendoso, el olor nauseabundo, pero no quedaba otra, tenía que mear fuera como fuera y aquel callejón era el único sitio disponible; así que me abrí la bragueta y con extrema satisfacción comencé a regar una de las paredes. Mientras meaba intentaba recordar cuantas copas me había tomado aquella tarde de invierno: sin duda más de las que aconsejaba la prudencia, y también muchas más de las necesarias para poder seguir a mis colegas en el ritual de fin de semana.

Un pensamiento negativo me llegó a continuación, el primero de la noche, y se me clavó en la nuca como el aguijón de una avispa. Con todos estos whiskies era sumamente improbable que articulara ningún discurso coherente, por lo que mis probabilidades de ligar se veían reducidas casi a cero. Llevaba meses sin comerme una rosca y la verdad es que andaba un poco desesperado. Claro que eso debía haberlo pensado antes, ahora era un poco tarde. Como todo buen adolescente decidí culpar a mis amigos, a mi familia, al instituto y a todo el mundo, incluido mi subconsciente. Todos conspiraban contra mí para evitar que ligara.

Abrumado con estos tristes pensamientos, terminé, me subí la cremallera y comencé a caminar vacilante hacia la salida del callejón. Conforme avanzaba el ruido generado por las hordas de adolescentes que entraban y salían de los bares iba creciendo en intensidad y en definición y cuando llegué a la calle principal escuché una voz quebrada que provenía de mi espalda y que me pedía un cigarrillo. Me giré y baje la cabeza. Allí, en el escalón de una portería se encontraba una chica sentada. El escalón era muy bajito así que prácticamente estaba en cuclillas. Llevaba unas botas Dr. Martens que debían de pesar lo mismo que su pie, unas mallas agujereadas y un pantalón muy corto de un tejido parecido al vaquero.

Su torso lo cubría una blusa sin mangas y una melena prominente echada hacia adelante. De su rostro apenas se distinguían unos ojillos enrojecidos, una nariz pequeña y roma y una boca de labios finos. El pelo cubría el resto.

Al principio no hice nada —ya comenté que había bebido de más—, pero en unos segundos dirigí mi mano derecha al bolsillo de la camisa, en el que guardaba cuatro cigarrillos rubios de marca Marlboro. No es que yo fumara, soy alérgico y el humo nunca me ha sentado bien, pero siempre los llevaba para compartirlos con algún amigo o para utilizarlos para entablar conversación con las chicas. Ella lo cogió con dos dedos y se lo llevó a la boca. Entonces me hizo una señal con la mano izquierda haciendo el gesto de encender un mechero. Le dije que esperase un momento. Me di la vuelta y camine 20 metros calle arriba hasta la puerta de un bar de nombre psicodélico.

Allí vi un enérgico melenudo dando saltos; era mi amigo Álvaro, que bailaba en la calle, ya que dentro no le dejaban desde el día en que se subió a una de las barras. Tenía un pelo castaño rizado que le tapaba el rostro, y la nuca. Siempre vestía igual —por igual quiero decir literalmente la misma ropa; un pantalón vaquero, unas zapatillas planas y un jersey a rayas que siempre he deseado comprar y nunca he encontrado en las tiendas—. Me acerqué y pasándole el brazo por su hombro le pedí un mechero. Álvaro se metió la mano en el bolsillo trasero y me dio lo que le había pedido. A parte de su jersey, la otra posesión que envidiaba de Álvaro era su mechero Zippo. Realmente era un mechero bonito y auténtico. Conseguido mi objetivo regresé al portal en el que me esperaba la desconocida.

Ella seguía igual que la había dejado, con el cigarrillo en la boca y los ojos mirando al suelo. Encendí el mechero cerca de su cara con cuidado de no quemarle el pelo y ella se giró y sin sacarse el cigarro de la boca lo encendió. Tragó el humo mientras lo exhalaba dijo algo parecido a un “gracias”. Yo me senté en el suelo frente a ella intentando no mancharme demasiado el pantalón, lo que era imposible y empecé a mirar su rostro con atención. Reconozco que tan solo fue posible porque ella mantenía la mirada en el suelo, si la hubiese levantado no hubiese podido mantenerla más allá de un instante. En su rostro había algo familiar, yo la conocía pero el alcohol no me permitía enfocar los recuerdos y conformar una imagen clara. Así estuve un rato, hasta que abrumado por la duda

me atreví a preguntar su nombre. «Rosa» me contestó con una voz algo apagada.

Yo le dije que me llamaba Juan, y entonces levantó la mirada y clavó sus ojos en mí. En un instante su mirada cambió. Me había reconocido y, sin palabras, me pedía que le hablara. Yo seguía confuso tratando de averiguar quién era, cuando en ese momento llegó Álvaro por detrás. Me tocó la espalda, me hizo un gesto para que me levantara y me pidió el mechero. Seguidamente me dijo que le acompañara y que le ayudara a preparar unos porros para unas amigas que le esperaban dos bares más abajo. Yo como hipnotizado le obedecí mientras seguía tratando de averiguar quién era aquella chica que me conocía. Cuando entraba en el bar la imagen lejana de una tarde de lluvia de invierno me llegó a la mente y la recordé. Me di la vuelta, salí de nuevo a la calle y miré hacia el callejón que estaba a unos 30 metros de distancia. Vi el portal vacío, así que volví de nuevo al bar y me sumergí en el olvido.

Conducía lentamente y sin muchas ganas por la carretera. Era una vía muy ancha de cuatro carriles y medianera, pero al estar salpicada de urbanizaciones a ambos lados, la velocidad máxima era de 40 km hora. Era una tarde de marzo nublada y blanquecina, apenas había tráfico y aunque llegaba un poco tarde no sentí ninguna tentación de saltarme las normas. Me dirigía al funeral de mi madre. En el coche viajábamos: yo, mi hijo Juan Manuel de siete años y mi mujer, Teresa. Ellos estaban claramente más afectados que yo. A Teresa se le notaba lo nerviosa que estaba. Quería a mi madre y esta situación le generaba una inseguridad que se transmitía en forma de nerviosismo.

Tras una semana postrada en la cama mi madre había fallecido. A pesar de haber estado enferma durante dos años, yo seguía sin creerme realmente que estuviera muerta. La había visto por la mañana, en la cama; cuando el médico y un agente de la funeraria habían venido, uno a certificar la defunción, el otro a recogerla. Mientras estaba allí pensé que si había algo que la definía – cuestión que siempre me ha parecido absurda, ya que una persona no se define con una palabra o concepto– era lo generosa que siempre había sido con sus seres queridos. Hasta para morir se había pensado en nosotros, ya que tanto la funeraria como el cementerio estaban a tan solo unos centenares de metros de casa de mis padres.

Cuando llegué, el local estaba lleno. Mientras ascendía a la primera planta, la gente me paraba y me daba su pésame, muchos de ellos realmente emocionados. Yo sin embargo seguía frío y distante, como si estuviéramos en una película y fuera todo una ficción. Sin embargo, cuando llegue a la sala y vi el ataúd, rompí a llorar. Efectivamente era una película, pero una de la que no se podía escapar, y el guionista había dictado que mi madre estaba muerta.

Todo este esfuerzo que había mantenido durante dos años y que iba destinado a negar la realidad, había resultado un completo fracaso. Y como siempre ocurre, el esfuerzo sin recompensa conduce a la melancolía.

Comencé a recordar como jugaba en la guardería de preescolar, en el tiempo dedicado a la siesta, ya que casi nunca la dormía. Me gustaba subirme a una estructura metálica de barrotes desde la que se veía la calle, era un colegio ubicado en el interior de un edificio de Madrid, y desde lo alto miraba para ver si llegaba mi madre. También recordé como mi madre me preparaba las botas de agua cuando llovía para que fuera a los charcos que se formaban en los descampados frente a mi casa. Recordé como me divertía, me manchaba y, sobretodo, como me miraban envidiosos los otros niños. Entre estos recuerdos apareció el de una niña llamada Rosa, a la que nunca conocí realmente, y de la que sentía una profunda nostalgia, ya que la peor nostalgia no proviene de los recuerdos de lo vivido si no del pasado que pudo ser y no fue.



# LOS PROBLEMAS DEL PRIMER MUNDO

Marta Real Fernández

Cuando sonó el despertador el señor Gómez no podría haberse imaginado que le esperaba un día tan arduo.

Aunque no entraba a trabajar hasta las 10 por ser el jefe, le tocó levantarse a las 8 de la mañana para llevar a sus hijos al colegio ya que la niñera estaba enferma y a su mujer le tocaba esa semana cuidar de su madre, la cual no podía valerse por sí misma.

Como su coche estaba en el taller por un atropello a un niño en bicicleta, tuvo que coger un taxi, ¡con lo que cuesta conseguir uno en pleno centro!

Al fin logró dejar a los niños en el colegio y llegar a su oficina. En el fondo le encantaba su trabajo, porque le permitía evadirse de todos sus problemas.

Entre reunión y reunión pasó la mañana. Estaba deseando ir a comer ya que los niños no le habían dejado disfrutar su desayuno. Su mujer no le había dejado comida preparada para esos días, por lo que no tendría más remedio que comer en la cafetería. Observando el plato del menú del día se preguntaba cómo alguien podía sobrevivir comiendo eso. Decidió que por un día podía irse a comer a un buen restaurante y descontarlo como gastos de empresa. Habiendo recuperado energías y con el estómago lleno, volvió a su despacho.

Hacia unos días su secretaria había tenido la brillante idea de poner música de la radio de fondo para amenizar a los clientes. Desde entonces el calor era insostenible ya que si habría la puerta escucharía ese infernal ruido, así que decidió que prefería el del tráfico y obras que entraban por la ventana. Apenas habían pasado unas horas cuando alguien le interrumpió llamándole por teléfono. Era su hija, había salido del colegio y necesitaba que le llevase a clase de música. Los niños de hoy en día nunca dejan de dar problemas pensó.

La noche cayó y el señor Gómez dio la tarde por perdida. Habiendo cenado y acostado a los pequeños, se dispuso a irse a la cama deseando que mañana fuese otro día.

Y lo fue, pero no mejor. La niñera llamó temprano diciendo que durante la noche había empeorado y que, sintiéndolo mucho, no podría acudir a trabajar. Por qué todo lo malo me pasa a mí, se dijo, mientras se dirigía a levantar a sus hijos. En su opinión lo que le pasaba a la niñera es que los africanos se habían acostumbrado muy pronto a la buena vida y su enfermedad no era más que una excusa. Solo aceptaba mantenerla porque a su mujer, no entendía por qué, le gustaba y era la más barata que encontraron.

Como era un hombre de mucho ingenio que siempre conseguía lo que se proponía se le ocurrió una solución para la comida. Su hijo era mayor y pronto tendría que ir a la universidad. Le puso como condición que tenía que aprender a realizar las tareas del hogar, y para demostrárselo empezaría esta semana haciéndole todas las comidas. El joven no tenía muchas dotes en la cocina más que lo que había observado a su madre alguna vez, pero siempre sería mejor que el mal aspecto de aquello de la cafetería.

Lo que parecía un día tranquilo entre gestiones y cuentas, volvió a torcerse. Esta vez no se trataban de clases de música, sino de idiomas. La niñera le había metido en la cabeza a su hija la importancia de conocer otros idiomas porque nunca se sabe lo que el futuro te puede deparar. Semejante tontería. El señor Gómez sabía perfectamente lo que el futuro le iba a deparar. Su hijo estudiaría lo mismo que él y trabajaría en su empresa. Por el contrario, la pequeña, no lo necesitaría. Cuando tuviese la edad suficiente se casaría y su marido la mantendría.

Una vez más, había perdido la tarde en tonterías y pensó que tenía que encontrar alguna solución, pero estaba demasiado cansado, así que se dispuso a dormir.

Como no, la niñera no apareció, ni lo haría en toda la semana. Estaba tan malhumorado que le daba exactamente igual la opinión de su mujer, en cuanto volviese a casa la despediría. El señor Gómez, aunque no era un hombre demasiado creyente, pensó que Dios debía estar riéndose de él.

Anticipándose a lo que esa tarde le esperaba, tomó otra determinación. La niña era demasiado pequeña, no era necesario que fuese a tantas actividades. Pero su idea no fue tan buena como parecía.

El señor Gómez, una persona acostumbrada a que le den las cosas hechas, no recordaba que antes de que la pequeña estuviese tan ocupada tenían que llevarla todas las tardes al parque. Y así, pasó una tarde peor que todas las anteriores.

Pero no era una persona que se rindiese ante la primera adversidad. Al día siguiente encontró la perfecta solución. Pagaría a su secretaria, la cual tenía un máster en gestión y administración de empresas, para que se encargara de su hija. De este modo pudo pasar un día tranquilo haciendo aquello con lo que más disfrutaba, trabajar.

Parecía tenerlo todo bajo control. Hasta que llegó el viernes.

Tenía una reunión con los accionistas de la empresa. Estaba muy nervioso. No sabía qué ropa ponerse porque quería estar elegante, pero al no estar su mujer nadie había recogido sus trajes de la tintorería. El teléfono sonó, llamaban del hospital. La niñera había fallecido y como no tenía familia en España le avisaban a él. Pero ahora no se podía encargar de eso, no podía faltar a su cita.

Tuvo que llevar a sus hijos a la escuela y al fin llegó el momento de la reunión. Le dieron la peor noticia de su vida. Habían decidido que su mercado debía expandirse y para ello tendría que viajar a cerrar el contrato. Aunque por su mente lo único que pasaba era "menudas ideas tienen", "qué le habré hecho yo al

mundo”, “no había otro sitio que África”; asintió sonriendo.

Hepatitis A, fiebre tifoidea, fiebre amarilla, paludismo, eran demasiadas las enfermedades contra las que debía prevenirse. Entonces lo vio todo claro. Ya sabía lo que le había ocurrido a su niñera. Dedujo que estaba enferma y se había venido a España para aprovecharse de una familia que le pagase el tratamiento aún a riesgo de contagiarles. Quizá era tarde, quizá no necesitase todas esas vacunas, quizá ya estaba contagiado. Qué injusta es la vida, todo por hacer caso a su mujer. No sabía cómo lo haría pero una cosa estaba clara, no podía ir a África, eso solo le pondrá más en riesgo.

Mientras tanto...

Eran las 5 de la mañana. Bueno, más o menos. Jean se levantaba todos los días con el canto del gallo para ir a la colina a por agua. La subida era fácil, la bajada ya no tanto. El bidón pesaba 6 litros y lo llevaba en la cabeza. Lo bueno era que como tenía un agujero por el que se salía el agua cada vez pesaba menos. Llegando casi al final tropezó con una piedra con tan mala suerte de que cayó al suelo. Su ropa y sus pies estaban mojados, ya que no llevaba zapatos, y formó un gran charco en el suelo. Qué pena que nadie le hubiese visto, tuvo que reírse él solo, coger el bidón y volver a empezar.

Debido a que el agujero se hizo más grande tuvo que dar un par viajes en vez de uno solo, pero no le importó, entre viaje y viaje pasó la mañana.

Su abuela, aunque tenía tan solo 40 años, mostraba un aspecto de mujer mayor a la que la vida no había tratado demasiado bien. Su hermana era menor que él, sin embargo, como marcaba la tradición, era la encargada de cuidar del más pequeño de los hermanos llevándolo todo el día a la espalda.

Por la tarde solía pasarse por el hospital. Aunque era un camino difícil ya que tenía que atravesar un puente de madera no muy fiable, le encantaba ver a los nuevos voluntarios incluso, a veces, le dejaban participar en sus actividades.

A eso de las 6 de la tarde ya era de noche. Como no tenían electricidad en casa

no les quedaba otra que irse a la cama. De fondo tan solo se escuchaba el tintineo de las estrellas y el sonido de sus tripas.

Su particular despertador volvió a sonar y Jean se dispuso a repetir su ruta de cada día. Estaba muy feliz, hoy era martes y le tocaba turno en el comedor. Como muchos de los niños que habitaban la colina iba una vez cada dos días, ya que por lo general en sus casas a duras penas podían permitirse una cena. El puré que les daban le recordaba al olor del camino cuando llovía. Sin embargo, su dicha no la causaba la comida, si no el reencuentro con sus amigos y el poder jugar con unos trozos de papel atados que le habían enseñado que se llamaba pelota.

Muchas tardes le gustaba sentarse junto al río, a la sombra de un árbol, con el trino de los ibis como único ruido de fondo. Y así, pasó otro día en la vida de nuestro pequeño amigo.

Por las mañanas su ritual era siempre el mismo, y más desde que su bidón se rompió porque no le daba tiempo a hacer más. Pero cada tarde era una oportunidad para descubrir algo nuevo del mundo.

Decidió ir hasta la casa donde vivían los voluntarios para acompañarles al hospital. Una de ellos se acercó a él y a escondidas le dio una galleta que tenía en su interior algo extraño, con un sabor que se asemejaba a la caña de azúcar pero del color de la madera de un árbol. No sabía qué era esa curiosa sustancia, pero desde luego no se parecía a nada que antes hubiese probado.

Luego estuvieron jugando en el hospital, pero Jean estaba muy incómodo porque hacía algún tiempo sus pantalones se le caían más que de costumbre. Pero rápidamente encontró una solución. Cogió una rama de la palmera más cercana que encontró, la trocó, unió, y la usó a modo de cinturón. Los voluntarios le miraron con una cara triste, quizá no se habían dado cuenta de que ya estaba todo solucionado. Le dieron unos trozos de lana, no entendía nada, hasta que el chico los ató unos a otros, le quitó la palmera, y dio varias vueltas a su cintura. Él ya estaba cómodo con su palmera pero ahora se les veía más contentos.

Así trascurrían los días en la vida de Jean. Pero, cuando caía la noche, no podía

evitar acostarse pensando en lo mucho que echaba en falta a su madre. Desde que a su padre se lo llevó la malaria tuvo que emigrar para conseguir dinero trabajando de niñera en España, aquella ciudad de la que lo único que conocía es los pocos voluntarios que llegaban cada verano y a la que siempre sueña con poder ir algún día.



# EL INTERCAMBIO

Javier Arcones Toledano

El sonido del "Day-up" local le despertó una mañana más. Después de frotarse los cansados y soñolientos ojos: Ben se enderezó, hizo a un lado las sábanas y posó los pies en el suelo, todo esto acompañado de un largo bostezo.

Ben se acercó con desgana a la ventana de su habitación y echó un vistazo; cómo no, todo seguía igual que siempre. Los últimos *boots* o cooperadores –que era como insistía en llamar el gobierno al nuevo auge de robots con inteligencia artificial, empleados para subtarefas que hace años se decía llevaban a cabo los humanos– habían pulido ya cualquier desconchón en la pared, desperfecto en el suelo, o impureza en el aire que habían detectado, dirigiéndose de nuevo al punto C. Los globos aerodeslizadores, ya recogían tandas de estudiantes para llevarlos a sus respectivas universidades. El "Day-up", un gigantesco reloj digital con pantalla líquida y esfera protectora, se mantenía suspendido en su plataforma emitiendo los últimos sonidos, despertando a las últimas personas que luchaban por mantener su plácido sueño...

Estaba Ben absorto en su ya conocida avenida cuando oyó una voz metálica tras la puerta:

–¿Señor, se encuentra despierto?

Maldito *Space*, empezaba a estar harto de que le despertase cuando quería exprimir los últimos minutos de sueño... tendría que reprogramarlo, pensó.

–Sí *Space*, estoy despierto.

—Señor, le he dejado la ropa al lado de la cama.

En una silla cercana, descansaba un montoncito de ropa cuidadosamente apilado. Ben empezó a desdoblar la ropa mientras oía a *Space* deslizarse de vuelta al salón. Con una mano separó una camiseta de deporte amarilla y unos pantalones de gimnasia cortos, de unos calzoncillos y unos calcetines a juego. Otra vez había pasado. Cuando la tarde anterior, Ben le dijo a *Space* que preparase su ropa para mañana porque iba a llover, sin duda había procesado que lo hiciese porque iba a correr. Ben hacía tiempo que quería un *boot* nuevo, pero sus padres no pudieron permitirse en su momento un *boot* mejor, ni siquiera uno nuevo, adquirieron el de su difunto tío Grant.

Después de un rápido desayuno Ben eligió la ropa apropiada, se vistió, consultó el tiempo que le quedaba al globo para llegar a la parada en su *Auron-n3* -al cual durante el trayecto en globo le dedicaría el tiempo necesario para hablar con sus amigos- y cogió los dispositivos escolares, después de echar un vistazo a su horario.

Cuando Ben llegó a clase, se detuvo en el umbral de la puerta observando a sus compañeros, los cuales dedicaban su tiempo a hablar entre ellos mediante sus dispositivos móviles por supuesto. Varias sonrisas asomaban aquí y allá al leer los *popings* o reproducir la imagen a tiempo real de su interlocutor. Daba igual que éste se encontrase a escasos metros o en la fila de enfrente, la imagen de cualquier dispositivo era mil veces más nítida y emitía una voz más adaptada a la frecuencia sonora humana. Ben estaba ansioso por sacar su *Auron-n3* y comenzar a hablar, pues él era muy sociable, pero sólo quedaba un sitio en una de las filas del final, junto a una chica que no reconoció a primera vista, así que fue allí y se sentó.

—Hola. —Tecléo Ben en su *Auron-n3*, el cual detectaba el destinatario del mensaje por el volumen de electricidad transmitida desde el cerebro a los dedos y de éstos al dispositivo.

La muchacha no reaccionó. Ben no oyó ninguna vibración, ningún sonido, pero esa muchacha debía llevar algún dispositivo, ¿acaso alguien no lo lleva? —pensó.

Entonces la muchacha alzó la vista y se topó con los ojos de Ben. El contacto ocular entonces era considerado maleducado, descarado o descortés. La sonrisa de la chica le terminó por descuadrar.

–Hola. –Dijo con una voz suave y clara, marcada sin embargo con un extraño acento extranjero.

–Ehmm... hola. –La voz de Ben era ronca y afónica, pues no se sentía muy cómodo en relaciones cara a cara con desconocidos–. Debes tener el dispositivo averiado, te he saludado y no me has respondido. –Dijo con una voz ya más segura.

–¡Ah! No, no tengo dispositivo. –Dijo la joven, exhibiendo su exótico acento una vez más.

Lo primero que pensó Ben era que le estaba tomando el pelo. Ya no era simplemente el aislamiento en cualquier ámbito que conllevaría no tener dispositivo, una persona sin dispositivo era una persona sin amigos, ya no amigos, sin conocidos. Sólo la gente en situación muy muy precaria no disponía de dispositivo personal. Al fin y al cabo, todo ciudadano tenía obligación de llevarlo no sólo para su identificación ante el Estado, para cualquier edificio o actividad en la que se fuese a realizar una transacción comercial se pagaba con él, cualquier medio de transporte –público o privado– por básico que fuese, era incapaz de transportar a alguien si no le transmitía la ruta un dispositivo, mientras los pasajeros esperaban su destino leyendo o charlando en el interior. ¡Qué diablos! ¿Cómo se suponía que había entrado entonces a aquella clase? ¿O a su casa? ¿O a cualquier lugar que tuviese una puerta y, por tanto, un código de registro?... No, no era posible. Así que Ben la miró y dijo:

–Ya... claro. ¿Y cómo has entrado aquí? ¿Cómo has venido? –Ben compuso una sonrisa escéptica. Sin duda esa chica intentaba quedarse con él.

–He venido andando –replicó ella-. Vivo cerca. Yo soy de lejos... de intercambio. Ahora vivo aquí unos meses. Entro a la vez que ellos –dijo señalando un grupo de chicos unas filas por delante.

Antes de que Ben tuviese tiempo para contestar, la imagen del profesor apareció proyectada delante de la sala. Su incorpóreo pero a la vez sólido holograma se sentó tras una mesa con amplia vista de la clase, y comenzó a dar su discurso gracias a la pantalla LCD que traducía al instante sus palabras a 249 idiomas y las mandaba a los dispositivos del alumnado, ya provisto de auriculares.

Ya en su casa, Ben no podía dejar de reflexionar sobre lo que había visto y oído esa mañana. Al parecer Kaira -que era el nombre de la joven y según lo que le había contado-, vivía en una región que por circunstancias orográficas y

meteorológicas se hacía inviable la transmisión de señales de forma rápida. La mayoría se comunicaba entre ellos hablando cara a cara, como si se conociesen de toda la vida. A pesar de que disponían de señal satélite -eliminada hace más de medio siglo por los efectos nocivos que empezó a desarrollar la población y sustituida por otro tipo de señal, obtenida por la liberación de energía en un proceso similar a la fotosíntesis-, la reservaban para momentos de urgencia y necesidad. Normalmente utilizaban un sistema de cables que conectaba cada edificio, cada cable transmitía un determinado número de vibraciones -distinto según voluntad del emisor-, a un receptor, ese receptor transcribía el mensaje en palabras y las dibujaba sobre un papel. Si esto fallaba, disponían de una amplia gama de signos, tonalidades de sonidos, juegos de luces y señales para comunicarse a distancia. Kaira le contó que tenía que estudiar fuera de su pueblo, ya que no había universidad allí y que, a pesar de que los alumnos de su universidad llevaban también dispositivos, -ya que llegaba la señal-, los utilizaban para comunicarse fundamentalmente con gente lejana, hablando entre ellos en persona. De todas las asombrosas cosas que Kaira le contó, lo que más le llamó la atención sin duda, fue la felicidad que irradiaba junto con su permanente sonrisa y alocada gesticulación, captando miradas de cualquier persona cercana.

Conforme avanzaba el curso académico, los sentimientos de Ben se ampliaban e intensificaban de manera proporcional a las veces que entablaba conversación con Kaira. Una conversación en la que su *Auron n-3* no jugaba ya ningún papel. A pesar de haberse acostumbrado, casi por completo a aquellas veces en las que Kaira le alborotaba el cabello, le daba una palmada afectuosa en el hombro o le susurraba algo del profesor al oído, no podía acostumbrarse a los abrazos que ésta últimamente le dedicaba. Obviamente toda la universidad pensaba que salían juntos, lo leía cada vez que encendía su *Auron* o se conectaba a las redes sociales que, progresivamente, iban adquiriendo un rol cada vez más secundario en él. Ben sabía que el contacto físico no era necesario en una relación de amistad ni en un contexto familiar, ni laboral, ni en ningún otro que no fuese el amoroso o sexual. Los dispositivos proporcionaban todo el afecto que una persona puede transmitir a otra salvando cualquier dificultad de expresión, ya sea por idioma, distancia o timidez. Así se lo habían enseñado y así había conocido a sus mejores amigos.

Una tarde como tantas otras, Ben acompañaba a Kaira a su residencia, situada a medio camino de la parada donde él cogía el globo.

—¿Sabes qué? —dijo Ben—, eres la persona que más veo.

—¡Ja ja ja!, ¡Venga ya! —dijo la joven, que había progresado ya bastante en el idioma gracias a la ayuda de Ben— Seguro que ves más a tus amigos, a tu hermano o a tus padres.

—En serio: cuando salgo de casa, mis padres ya se han ido a trabajar y mi hermano duerme; cuando vuelvo, mi hermano está en su habitación con el dispositivo y mis padres no llegan hasta por la noche. A mis amigos no les veo tanto como a ti... bueno, en persona, porque hablamos por proyecciones, últimamente no hablamos tanto, eso sí... la verdad es que excepto las veces que estoy contigo me siento bastante solo. Es algo muy raro, sentir como si no formases parte de nada que te rodea, de tu entorno, de tus amigos, de tu familia... de la sociedad en general.

Kaira le miró extrañada.

—No lo entiendo, puedes hablar con quien quieras, sólo tienes que sacar eso del bolsillo —dijo refiriéndose a su *Auron-n3*—. Puedes decir a cientos de personas cómo te sientes en un momento o dónde estás o lo que estás haciendo. No sólo eso, tienes gente pendiente de que lo hagas. ¿Acaso todas esas personas no te importan?

Sí. Por supuesto que le importaba toda esa gente que le seguía, que esperaba algo de él. Le importaba mucho quién había conseguido ser a causa de su esfuerzo y sacrificio. Su opinión ahora era tomada en cuenta, sus actos eran reconocidos, su imagen admirada y su futuro prometedor. Pero, ¿por qué ya no le seducía tanto ese futuro? ¿Por qué veía su vida cada vez más... artificial?

Era como si hubiese invertido gran parte de su vida pintando un cuadro de un color que comenzaba a odiar, como si una gota cayese sobre su reflejo en el agua y ésta le devolviese el rostro de un desconocido, como si el castillo de arena que era su vida comenzase a desmoronarse ante el embiste de las olas. En estos amargos pensamientos se veía sumido Ben hasta que la risa de Kaira le sacó de ellos.

—¡Ja ja ja ja ja! —rió divertida la joven—. ¡Has pisado una caca de perro!

Cuando el *Day-up* rompió el silencio aquella mañana, Ben ya había disfrutado de un sueño plácido y reparador, así que sin grandes dificultades se dirigió a la

ventana de su habitación, pulsó el dispositivo que elevaba la capa exterior de opaco cristal y los rayos del sol penetraron rápidamente en la habitación, dorando las paredes. Cuando su vista se acostumbró, miró por la ventana: los transeúntes realizaban un recto e impasible caminar por la lustrosa acera de camino a sus negocios o quehaceres; los últimos *boots* se desplazaban a un destino único, como atraídos por un imán; el globo se deslizaba ya entre el tráfico hacia su parada donde media docena de personas le esperaba ya, con rostro inexpressivo; el mismo reloj en lo alto; los mismos destellos de decenas de pantallas, dispositivos y luces de neón... todo seguía igual. Ben se sintió feliz.

Había sido difícil, había sido muy difícil para él terminar con una relación que le había proporcionado tantas alegrías. Una relación a la que, sin saberlo, se había ido volviendo adicto con el tiempo, olvidando que era en lo que debía centrarse, aislándolo de todo y de todos. Había necesitado esa bofetada psicológica que le hiciese reaccionar, que le hiciese saber quién era y qué era lo que realmente quería. Y, por supuesto, renunciar. Renunciar a lo que no elegía, renunciar a lo que podía prescindir, renunciar a una relación que al mismo tiempo le aportaba y le quitaba, quedando atrapado en una espiral sin fin. Había sido muy difícil para él también la despedida, una despedida rápida y, en cierto modo fría, llena de explicaciones vagas e imprecisas, pero a la vez claras e implacables.

Ben se vistió rápido y salió a la cocina, donde le esperaba ya el desayuno compuesto por una par de tostadas y un vaso de zumo. Cuando ya casi había terminado, *Space* apareció en el umbral de la puerta.

—¿Está listo, señor? —dijo *Space*—. Debería salir ya o llegará tarde.

—Sí —dijo el joven—. Ya salgo. ¿Has enviado ya todas las maletas?

—Sí, señor. Abajo le espera el globo que le llevará a la estación—. Acto seguido, *Space* recogió los restos del desayuno y, abriendo una pequeña portezuela, los introdujo en su interior; al cerrarla pudo oírse un débil y constante zumbido. Después de eso fue hacia Ben y le alisó el cuello de la camisa. Mientras lo hacía, Ben supo que, por extraño que fuese, iba a echar más de menos a su metálico amigo que a muchos otros que le habían dedicado emotivos textos o dramáticos hologramas, pero que no había visto en persona ni una centésima parte de las veces que había visto a *Space*. Le hubiese gustado tener un detalle con él, aunque fuese un "tres en uno", pero tuvo con contentarse con limpiarle los dos puntitos nacarados que hacían de ojos.

De camino al recibidor sus padres y su hermano Dan le esperaban frente a la puerta.

—Estás loco por no llevarte el dispositivo —dijo su madre, con tono reprobatorio—. ¿Qué es eso de que nos escribirás?

—Creo que vendrás en poco tiempo, Ben —le dijo su padre asintiendo con la cabeza, como quien sabe que va a llover al notar las primeras gotas—. Estás pasando por una edad difícil, sólo eso —y le guiñó un ojo.

—¿Vendrás a vernos? —dijo el pequeño Dan, de doce años de edad, que llevaba sin tocar su dispositivo desde que mantuvo con su hermano una profunda (y quizá única) charla, acerca de los motivos de su viaje.

—Claro que vendré —dijo Ben con una amplia sonrisa, acompañada de una vidriosa mirada—. Ya os he dicho que es sólo un intercambio. Además, no estaré sólo, Kaira vive a cinco minutos de donde lo haré yo. Hablando de Kaira —Ben consultó su reloj de pulsera—. No quiero hacerla esperar.

Después de esto se quedaron quietos unos instantes, como si ninguno supiese muy bien qué hacer cuando no puede teclear lo que siente, hasta que Ben los abrazó a todos, y éstos le devolvieron el abrazo con alguna tímida lágrima que parecía querer dar envidia al viejo *Space*.

—¡Rápido, Ben! —exclamó Kaira al verle llegar corriendo por el andén—. El avión debe de estar a punto de despegar.

Dos minutos después atravesaban la portezuela del avión, ya lleno de gente con la mirada fija en sus dispositivos, ajustando horarios, manteniendo conversaciones o configurando el mismo.

—¿Por qué has tardado tanto? —Dijo Kaira con una sonrisa estando ambos ya sentados.

Ben comenzó a explicarse atropelladamente, pero Kaira puso fin de inmediato a su incoherente discurso poniendo un dedo en sus labios y posando los suyos después.

Ben no sabía lo que le deparaba el futuro, pero como fuese mínimamente parecido a esos últimos meses, Ben no creía que hubiese dispositivo —por caro que fuese—, capaz de reflejar una felicidad como la suya.





# Una GOTA VALE más que MIL CASCADAS

Sherezzade

Sara Kezze Kezze

Recuerdo haber leído que una gota de lluvia de 5 milímetros de diámetro que cae desde una nube a 1.800 metros de altitud tarda en llegar a la superficie unos 4'5 minutos. Eso equivale a que esa misma gota, a 1 metro del suelo, llegue a este en 0'15 segundos. Imaginemos que esa gota de agua es, en realidad, una gota de café procedente de una cafetera; ésta se halla sujeta por la camarera de una cafetería.

-¿Qué va a tomar? -la camarera me mira, con un gesto aburrido.

-Una tostada, gracias -me fijo en el reloj de mi ordenador portátil, marca las 08:45 a.m.

-¿Nada más? ¿No quiere que le traiga un café? -señala la cafetera que está sosteniendo.

Me lo pienso durante unos 10 segundos.

-De acuerdo -asiento- una tostada y un café -sonríe y la camarera me devuelve una sonrisa desinteresada y va a tomar el pedido de una pareja que acaba de entrar.

Vuelvo a fijar mi mirada en el ordenador, esperando a que me baje la inspiración del cielo. Han pasado seis meses desde que escribí algo decente. Me rindo y miro

alrededor. La pareja que había entrado hacía un rato parece estar discutiendo, la mujer se da cuenta de que les estoy mirando y desvío la mirada. Una niña de unos cuatro años juega rodeando la silla de su madre que, por su expresión, parece estar en algún lugar muy lejano. <<A saber en qué estará pensando>>.

La camarera se acerca con mi pedido, justo en ese momento la discusión de la parejita se acalora y la mujer se levanta de repente, casi tirando a la camarera por el impulso. Ella logra recomponerse y sostener la cafetera antes de que se derrame el contenido, exceptuando una gota que escapa rebelde resbalando por el borde de esta. O'15 segundos la separan del suelo.

-No me lo puedo creer -articula la mujer y sale corriendo con lágrimas en los ojos, no sin antes dar otro empujón a la camarera.

Esa gotita insurgente besa mi zapato derecho. <<Perfecto, nada mejor que una mancha para empezar el día>>. Recojo una de las servilletas que se encuentran en la mesa y me restriego el zapato, lo que hace que la mancha se extienda más.

-Aquí tiene su tostada y su café -tiene la voz como amortiguada y mientras me sirve el café aprecio un ligero temblor en las manos.

Es en ese momento en el que se derrama realmente el café mojando mis pantalones y la camisa. Me levanto de un sobresalto, intentando apartar la camisa de mi piel para no quemarme. Siento un dolor abrasador en el abdomen y en la parte delantera del muslo.

-Oh, yo... Lo siento mucho... -me pasa unas cuantas servilletas y veo el temblor que perdura, además aprecio como su mirada se vuelve vidriosa.

-No pasa nada -le arrebato una de las servilletas que sostiene e intento que absorba lo máximo posible del líquido que hay en mis pantalones.

Cuando levanto la vista la camarera se ha alejado. Recojo mis cosas. El portátil no ha sufrido ningún daño, pero no puedo decir lo mismo de mi teléfono móvil, se encuentra empapado completamente en ese líquido marrón. Lo seco con algunas servilletas y abro la tapa para secarlo por dentro. Gruño para mis adentros y me

dirijo hacia la salida, el hombre que discutía con su pareja tampoco está en su sitio. Salgo de la cafetería. Está lloviendo y maldigo para mis adentros.

Cuando llego a casa miro el reloj que tengo encima de la televisión. 09:22. Perfecto, llego tarde. Me cambio a toda prisa, aunque sigo emanando un cierto olorcillo a café amargo. Cuando voy a salir no han pasado más de 5 minutos. Enciendo mi móvil y milagrosamente veo que funciona. 3 llamadas perdidas. <<Esto no puede estar pasándome a mí>>.

Había quedado con mi editora a las 09:30 para hablar sobre el progreso de mi última novela, el cual se resume en nada. En la cafetería iba a intentar inventar alguna cosa y escribir algún avance. Dichoso café.

Vuelvo corriendo a la cafetería, que es donde habíamos quedado. La veo ya sentada a través de los cristales, con gesto impaciente. Toqueta su móvil y el mío comienza a sonar. En ese momento abro la puerta y me adentro en la cafetería. Ella levanta la vista y frunce los labios en una fina línea.

-¿Dónde estabas?

-Yo... Bueno pues... -me siento en el asiento que se encuentra delante del suyo.

-No perdamos el tiempo en eso. Necesito que me cuentes los progresos, esperaba poder publicar la novela el mes que viene -me mira con gesto desafiante, retándome a que le diga que no es demasiado tiempo.

-Oh claro, si quieres lo tengo todo en el port... -oh, no, me lo había dejado en casa al ir a cambiarme-. Todo en mi mente sí... eso.

-¿Tu mente? -enarca una ceja-. No creo que te estés tomando esto muy en serio.

- Claro que sí lo hago... Solo necesito... -¿qué? ¿tiempo? claro que no-. Me he dejado el portátil en casa. Si quieres...

-No. Tengo una reunión en quince minutos -se levanta de golpe-. Si quieres

que esto siga en pie quiero una copia del manuscrito la semana que viene. De lo contrario... Ajo y agua -y se va sin despedirse, dejándome con la boca abierta y un gesto de incredulidad.

<<¿Y ahora qué hago?>> No voy a poder terminar la novela en una semana, en principio porque ni siquiera tengo una idea sobre la que escribir. Me había costado viento y marea encontrar una editora e iba a desperdiciar la oportunidad a la primera de cambio.

Maldito y desgraciado café. Pido una taza y espero. Espero y no se qué es lo que realmente estoy esperando. Supongo que me he resignado, no hay nada más que hacer. Me siguen doliendo esos trozos de piel en donde el café me ha acertado, pero se va atenuando el dolor dejando paso a un cierto escozor y molestia. Pasa horas sentado ahí, fijándome en los clientes, gente que va y viene. Cada persona con sus preocupaciones.

A las 10:54 abre la puerta una señora entrada en años, se sienta en la mesa que tengo enfrente y sin siquiera haber pedido nada le traen un elaborado desayuno en menos de 5 minutos.

-¿Qué tal estás hoy, Niágara? -la camarera que le deja el desayuno parece conocerla.

-Bien, bien. Deja de llamarme así, te lo he dicho mil quinientas veces -aunque el tono es severo su expresión parece divertida.

-No es mi culpa que sufras de cataratas -la camarera se aleja soltando una risilla y yo casi suelto una carcajada ahogada y toso para ocultarla.

12:40, la señora se ha ido hace unos minutos y ha entrado una pequeña familia formada por unos padres rondando los 25 años y un bebé (muy llorón). Parecen felices y me pregunto qué les habrá impulsado a entrar en esta cafetería. Aguzo el oído mientras se sientan dos mesas más a mi izquierda, espero captar algo que me indique por qué han entrado aquí y por qué han elegido esa mesa. No tengo nada mejor que hacer.

Al cabo de unos 20 minutos de conversación consigo entender que se habían perdido buscando el museo, entonces les entró hambre y decidieron entrar a picar algo. <<No me imagino a ese bebé en el museo...>>.

13:15, vuelve a entrar el hombre que había estado discutiendo con su pareja esta mañana. Eso capta mi atención e intendo disimular mi curiosidad. Se acerca a la barra y pregunta algo, parece tenso. La chica de la barra le contesta y él asiente. Se dirige a una mesa situada detrás de mí. En mi interior deseo que se hubiese sentado delante para poder seguir observando.

Al cabo de dos minutos insoportables oigo los pasos de alguien acercándose. Se para antes de llegar a mi altura.

-Daniel -parece la voz de la camarera que me atendió esta mañana-, ¿Qué haces aquí? Deberías irte... -está susurrando pero en su voz se nota que ha estado llorando, o probablemente se ha tragado un puñado de arroz sin cocinar, para gustos los colores.

-No puedo, ya la has visto, lo ha descubierto -oigo como la silla se mueve y me resisto a darme la vuelta. <<Esto se pone interesante>>.

-Podemos hablarlo luego, creo que éste no es el mejor lugar... -hace algún gesto que distingo por el rabillo de mi ojo-. Además, estoy trabajando.

-Valeria, espera. La he dejado.

-¿Qué? -ha subido demasiado la voz y la gente se gira para mirarlos, yo aprovecho el momento y también me giro. Ella se ha sonrojado al darse cuenta de que ha llamado la atención-. Perdone señor, no he escuchado bien qué es lo que quería ¿Huevos revueltos?

-Emm... Sí, eso... -los clientes vuelven a sus tazas y sus platos así que yo también tengo que hacerlo. Ellos vuelven a hablar en susurros-. Hoy la he traído con la intención de dejarla. Me ha preguntado si había otra y... yo le he contestado que sí. No se cómo se ha enterado pero de repente me ha soltado que eras tú. No he podido negarlo y se ha levantado y se ha ido.

Valeria (supongo que es el nombre de la camarera) absorbe aire.

- ¿Y por qué la has traído aquí justamente? ¿No podrías habértela llevado a... yo qué sé, un parque?

- No era mi intención. Ella no podía saber que eras tú, no te conoce de nada ni sabe que nos conocemos.

- No sé... Daniel, lo mejor va a ser que te vayas y hablemos esto luego -empieza a caminar pero retrocede y le dice una última cosa-. No me llames, en cuanto esté preparada ya lo haré yo.

Y sin más se aleja.

Daniel sigue sentado solo durante 5 minutos más, yo razono que espera esos minutos para no revelar que solo había venido para hablar con la camarera.

Ya son las dos de la tarde y sigo pensando en los clientes, las personas y todo aquello que nos ocurre. Si esta mañana no hubiese aceptado el café que me había ofrecido la camarera, en el momento de la discusión no habría llevado una cafetera en la mano y entonces no me habría empapado haciendo que llegara tarde a mi reunión. Eso, probablemente, me costará el trabajo.

¿Y si la pequeña familia de antes no se hubiese perdido? ¿Ha cambiado algo para bien o para mal porque hayan tomado esa decisión? Pienso en la anciana de las cataratas, ¿qué pasará el día que no aparezca para tomarse su desayuno habitual? ¿Alguien se dará cuenta de ello?

Tal vez sea cosa caprichosa del destino. Muchas veces se dice que somos dueños de nuestros actos pero que el destino nos empuja. ¿Hasta qué punto es eso real?

Si pensamos que el destino tiene bifurcaciones, que son nuestras elecciones, podemos elegir libremente. Pero, ¿y si esas bifurcaciones dan la vuelta y van a parar al mismo camino?

En ese caso, aunque no hubiese elegido el café seguiría sentado aquí, por

cualquier otra razón, mirando a estas personas que van y vienen y tienen sus propias decisiones y destinos.

Sigo observando y pensando en las elecciones de cada persona. Recuerdo la conversación entre Valeria y Daniel y caigo en que ella ha tomado una decisión por él. “No me llames, en cuanto esté preparada ya lo haré yo”, es lo que le había dicho. No puedo evitar preguntarme en si él le concederá la libre elección a ella o tomará la suya propia. Puede que no llegue a saber qué pasará entre ellos, pero es algo que me pincha con curiosidad.

Ni siquiera conozco el nombre de su pareja (la mujer a la que había dejado esta mañana), pero es como si me adentrara en sus vidas y formara parte de ellas.

Cada pequeña decisión puede modificar tu vida, y la de la gente que se encuentra a tu alrededor, de una forma exuberante. El efecto mariposa que tanto oímos.

No dejo de obsesionarme con estas cosas debido a aquello que me ocurrió hace algo más de medio año. Me recorre un escalofrío como cada vez que pienso en ello.

Habíamos alquilado una casa desde la que se apreciaban unas vistas preciosas del mar. Si cerrabas los ojos podías oír el ruido de las olas al romper en las rocas y evadirte del mundo.

Yo me encontraba sentado en la mecedora que estaba en el porche de la casa. Ella salió y me preguntó si quería bajar a la playa a darnos un baño, dije que no. Asintió y se alejó hacia la playa desierta. Yo cerré los ojos y disfruté de los sonidos.

Habría pasado una media hora desde que se fue. Abrí los ojos y me puse una mano a modo de visera para buscarla. Las olas eran demasiado altas, la marea había subido y no conseguía encontrarla. Bajé corriendo y continué mi búsqueda. Finalmente conseguí vislumbrar una figura que braceaba desesperadamente. Me tiré al agua y nadé hacia ella, pero ocurrió. Una ola la engulló y la estampó contra las rocas, creí haber oído cómo su cráneo cedía.

Para cuando llegué a su altura no pude hacer nada. Se había ido y con ella mi ilusión.

No puedo evitar echarme la culpa. Podría haber ido con ella, o incluso haber abierto los ojos solo cinco minutos antes de lo que lo hice... Tampoco puedo evitar preguntarme si habría ocurrido lo mismo aunque mis elecciones hubiesen sido otras. Esos caminos que se bifurcan para dar paso al mismo sitio pueden no ser la regla, sino la excepción.

Entonces si tuviese una oportunidad de cambiar las cosas lo intentaría, ¿no es así?

-No, gracias. Solo la tostada -le dedico una sonrisa a la camarera y ella hace una mueca mientras se aleja para tomar el pedido a una pareja que acaba de entrar.

Miro a través de los cristales de la ventana y me doy cuenta de que está lloviendo. Me fijo en una gota antes de volver la vista hacia el portátil. Imaginemos que esa gota de agua es, en realidad, una gota de café...



## EL TEXTO

Gemma López Canicio

«Si pongo un circo, me crecen los enanos», pensó Virgilio Manzano a los cuarenta y tres años mientras fingía mirarse las manos temblorosas, sólo por si resultaba el caso de que algún extraño estuviera en aquel preciso momento reparando en él desde el pasillo o, quién sabe, quizá desde el mismo interior del salón del que llevaba, según calculaba al alza, unos quince días sin salir. Sin despegar siquiera la cabeza de las orejeras del viejo sillón de terciopelo rojo, que ya empezaba a clarear en el recuerdo de su quinto cumpleaños, por aquella época en la que su padre corregía sus primeros cuentos sentado en él, y que podría describirse como «ralo» cuando pasó a formar parte de su propio mobiliario.

La situación era particularmente inquietante, de las que mantienen el estómago bien apretado, y lo cierto es que Virgilio Manzano jamás se hubiera creído capaz de aguantar una quincena entera en un sinvivir que se le sorbía el alma sobre aquel sillón de terciopelo que había heredado todavía rojo pero que, para ojos nuevos, era claramente color café. Pero aguantó, con el nudo bien prieto en la tripa y con la procesión por dentro, que con eso —concluyó a los pocos días— el cuerpo ya tenía suficiente y no era de extrañar no sentir necesidad.

La cuestión de todo aquello, en realidad, no era el nudo, la quincena, el hambre, el sueño o la incertidumbre. El caso era que aquella mañana del decimosexto día, Virgilio Manzano había escuchado por primera vez en medio mes el sonido

que confirmaba que no estaba sordo. Había sido un libro, de los de la estantería del fondo del salón, cayendo al suelo con un golpe seco. Uno grande, sin duda, posiblemente de los de su padre —junto al estruendo, le parecía haber intuido algún revoloteo de hojas sueltas—, no necesitaba verlo. Fue entonces cuando el poco instinto defensivo que le quedaba le abocó a mirarse las manos en un acto reflejo absurdo de simularse distraído e interesado por alguna peculiaridad de éstas. De esconder, como el avestruz, la cabeza bajo tierra para ver si con suerte lo que fuera que habitaba ahora su morada no reparaba en él ni en su minusvalía.

Al principio el desconcierto le turbaba y, ante la desesperante imposibilidad de gritar —ya había intentado llamar muchas veces a Claudia por su nombre—, apretaba mucho los dedos de los pies y de las manos. Era extraño todo aquello: el golpe no había sido tan fuerte y, si bien es cierto que cayó al suelo, pudo erguirse sin problema alguno e incluso consiguió llegar a casa sin su bastón blanco. Todo un ejemplo de superación, a su entender, porque aunque en el momento del impacto, tras el frenazo, escuchó todo un revuelo de voces y alaridos, todas callaron cuando él mismo se levantó por su propio pie y echó a caminar de vuelta a casa, con vistas de sentarse en su sillón y seguir disfrutando de una mañana que se le antojó, en aquel momento, demasiado tranquila y agradable, pese a que el contratiempo le había atragantado ese dichoso café que bien le podría haber costado el disgusto, entre otros, de no haber podido acabar la novela que llevaba entre manos. Al llegar a casa se sentó a esperar como de costumbre a Claudia y lo cierto es que las primeras horas pasaron muy rápido: el accidente no paraba de plantearle posibilidades de incluir en el relato nuevos episodios y su cabeza trabajaba deprisa, tanto, que cuando quiso darse cuenta había hilado mentalmente los restantes capítulos de su última obra y de tres o cuatro más. Fue entonces cuando comenzó a preguntarse qué hora debía ser, dónde estaba Claudia y, lo más importante, por qué no tenía hambre.

Lo más lógico era que estuviera preparando la cena y que él, en su ensimismamiento, no la hubiera escuchado abrir el cancel. La llamó a gritos una, dos, tres, hasta cuarenta veces. Cada vez más desesperado. Cada vez más nervioso. Nadie contestó y, después de quince días, un rumor inquieto en la consciencia le decía muy de lejos que nadie iba a contestar y que, quizá, su propia voz, esa que

escuchaba y que era el único sonido audible en su entorno, nacía directamente del corazón y no de la garganta.

A veces le daba por pensar en la posibilidad de que alguien le hubiera hablado de aquel incómodo atropello que ella solía profetizar. Lo vaticinaba siempre, sin descanso ni excepción, justo cuando más apetecía un café bien cargado en mitad de ese bullicio matutino que le hacía a uno pasar desapercibido y saberse invisible e insignificante dentro de esa bestia a la que llamamos ciudad . Quizás Claudia, enterada de su accidente, había hecho las maletas, enfadada por su falta de obediencia y de prudencia pero a la vez con el alivio que suponía poder abandonarlo todo con un «te lo dije» y deshacerse, por fin, de la pesada carga resultante del explosivo cóctel de la invidencia y las ganas de vivir. No podía culparla por ello: era joven, con toda una vida por delante. No, sería mezquino hacerlo y Virgilio Manzano era, ante todo, un caballero. Pero entonces, ¿por qué no se había marchado antes? ¿Por qué esperar tanto tiempo, tan dispuesta a ayudarle a tejer su historia, tan dispuesta a prestarle sus ojos? De súbito, le sobrevénía la angustia: ¿y si le había pasado algo y nunca había llegado a atravesar el cancel? ¿Y si había sido atracada o asesinada o raptada o...? ¿Cómo avisaría a la policía, si él estaba allí, inútil como había sido desde que el terciopelo rojo del sillón apenas comenzaba a volverse pardo? Eran demasiadas preguntas, todas a borbotones, sobreponiéndose, amalgamándose en una pasta que volvía espesos y grises sus pensamientos y difuminaba en ellos a Claudia, de la que ya apenas tenía imagen y sólo recordaba su voz interrumpida por el sonido de las teclas de una máquina de escribir y el entrechocar de las agujas de punto que siempre las acompañaban.

Entonces, sin peso en la conciencia, las preguntas desaparecían. La masa gris y espesa dejaba de expandirse por su cerebro. Casi sin querer, se abandonaba al recuerdo, la ficción desplazaba la preocupación y se activaban, de nuevo, los engranajes de su imaginación: el siguiente capítulo de la que sería su decimosexta novela, los personajes, sus voces: todo en un despliegue de colores y sonidos que iluminaban el espesor azabache e infinito de su ceguera. Ese era el punto, el instante en el que sentía ganas de sonreír. El instante en el que alargaba siempre la mano hacia la mesita auxiliar en busca de sus agujas, dispuesto a tejer con sus

manos un nuevo pedazo de vida, de literatura. Y justo cuando abría la boca para avisar a Claudia de que era hora de escribir a máquina porque, por fin, había llegado la inspiración, sus dedos se perdían entre la madera sin encontrar el calor punzante de la lana a medio tejer. De nuevo había olvidado que ella ya no estaba allí, que quizás jamás volvería, y le invadía el miedo a morirse algún día con todas aquellas ideas tan buenas encerradas en la cabeza, esperando a que alguien viniera a escribirlas. En ese momento, la conciencia pesaba de nuevo: la historia se repetía y volvía a preocuparse por Claudia mientras recordaba, arrepentido y sin lágrimas brotando de sus ojos muertos, la paciencia con la que le ella le había enseñado a tejer a tuntas pedazos de lana sin forma, que no eran más que el placebo de la manufactura de todas aquellas palabras que dictaba en voz alta a su escribiente y que él jamás podría haber escrito sin vista.

Ahora, aquel golpe de naturaleza desconocida revelaba algo perturbador — quizá incluso escalofriante—: no estaba solo en casa. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Estaba convencido de que el cancel no se había abierto en todo este tiempo y no había notado ninguna corriente que advirtiera de una posible ventana abierta. Es más, hasta aquel golpe seco —que bien sabía él, había sido causado por uno de los viejos tomos situados en el centro del segundo anaquel del estante—, no había escuchado más que la voz de su consciencia y sus llamadas sin respuesta. ¿Quién o qué habitaba en su vivienda? ¿Acaso era esto algún tipo de broma macabra o es que la ficción había saltado a la realidad? Quién sabe, quizá lo que creía un ladrón era en verdad el Horla de Maupassant, que traía ahora a su hogar la maldición invisible de la locura. O igual resultaba que su misma casa había aprendido de los cuentos de Cortázar y, cansada de escuchar sus mediocres dictados literarios, decidía ahora poner el entorno en su contra y expulsarlo de su propia morada, como quizá hubiera hecho quince días antes con Claudia, durante esa mañana accidentada en la que él había decidido ir a tomar un café. «Si es que está claro» —se repetía sistemáticamente— «divide y vencerás». No hablaban los grandes por hablar». Las conclusiones, aunque estrambóticas, le parecieron acertadas. Siempre había sido firme defensor de que los hombres sin lecturas tachaban de ridículo e imposible todo efecto que la ciencia no podía demostrar, aunque fuera más que evidente y la literatura ya hubiera dado mil y una conclusiones en sus textos para el hecho en cuestión.

Este, sin duda, era uno de esos casos inauditos e inexplicables, fácilmente atribuibles al delirio de la víctima. Pero, fuera lo que fuera lo que ahora habitaba bajo el mismo techo, no parecía haber caído en la cuenta de que Virgilio Manzano era un hombre de letras y de que, por tanto, contaba con las tablas necesarias para exorcizar los demonios de su hogar bajo la oración bien aprendida de que la ficción no es más que la mismísima realidad maquillada y disfrazada para la ocasión. No, no estaba loco y esto ya lo había leído en otros cuentos. Debía levantarse, aun sin su bastón blanco, y tomar el toro por los cuernos. ¿Quién mejor que él, un caballero sabio y con arrojo, para controlar una situación así? Estaba claro que no era hombre de acción, pero, si todo salía bien, incluso podría convertirse en el primer personaje que trascendiera su propio plano y se revelara contra el autor de su desgracia. Sin embargo, primero necesitaba un plan, uno bien hecho y bien urdido, y eso debía pensarlo en el único sitio donde sabía pensar, que se correspondía, casualmente, con el sillón sobre el que todavía se encontraba sentado. Era perfecto: nadie, excepto ella, vendría a buscarle ni le estorbaría. Tenía todo el tiempo del mundo por delante para cavilar. Después, únicamente quedaría esperar a que Claudia volviera o a que cualquier persona (siempre que no fuera analfabeta) pasara por allí por casualidad y pudiera, al fin, tejer las palabras con las que pretendía exorcizar la ignorancia del mundo. Sólo necesitaba eso, tiempo, y lo bueno de todo aquello era que seguía sin tener hambre.





# MUÑECOS

Paloma Ibáñez

Sonia Coves Mora

Era una mañana fría y densa la de aquel diecisiete de septiembre. El suave viento que barría las hojas de los álamos ayudaba a Joaquín a secar sus ojos humedecidos por el futuro que le aguardaba, un futuro que no era para él. El anciano intentaba disimular con una media sonrisa fingida; la poca familia que le quedaba lo tenía por un hombre fuerte y entero, y no podía verle derramar una lágrima. Joaquín no podía llorar. Sabía que se había convertido en un estorbo para los suyos, así que subió al coche con su hijo sin pensarlo más.

De camino recordó lo que no volvería a suceder. Con la mirada perdida en el paisaje cambiante iba reviviendo algunos momentos de aquella última etapa de su vida. Las tardes al sol que compartía con sus nietos tras aquellas largas sobremesas. Ellos eran la causa de todas sus sonrisas. Se acuerda de los ojos como platos que ponían al contarles sus historias, y de sus preguntas inocentes: "Yayo, ¿tú ibas solo al cole?". Aún contestando a la pregunta de Martina, su hermano Jorge lo interrumpía con las suyas: "Yayo, ¿tú jugabas bien al fútbol?"; pero él no se enfadaba, ¿cómo enfadarse con aquellos chiquillos de apenas cinco años? Él, su abuelo, se pasaba las tardes respondiendo a esas preguntas que los niños hacían con su infinita curiosidad, y que él contestaba con su infinita paciencia.

Algunas tardes llevaba a sus nietos al parque que había cerca de casa. Allí sí que disfrutaban, y Joaquín, a sus setenta y cuatro años, se convertía en uno más entre

los niños. Subía con ellos a los columpios y al balancín, se tiraba por el tobogán, les ayudaba a hacer castillos de arena... Recuerda muy bien las competiciones con los demás niños. Gritaban: "¡A ver quién hace el castillo más grande y más bonito!", y todos empezaban a amontonar la arena con sus manitas y a darle forma, con ese nerviosismo tan suyo. Joaquín era muy bueno haciendo castillos; pero intentaba que sus modelos no distaran demasiado sobre los de los demás niños, porque él no quería ser mejor que nadie, él sólo quería ser uno más, un niño.

En invierno pasaba los atardeceres junto a la chimenea, envuelto en la calidez del fuego y de la familia. Se sentía tan arropado en aquel ambiente... para él, el más acogedor que pudiera existir. Junto a los suyos estaba seguro. En aquella casa podía respirarse la paz y la tranquilidad como no se respiraba en ninguna otra parte, y había un vínculo especial entre toda la familia que los unía muy estrechamente. Tenían la costumbre de tomar un vaso de leche antes de acostarse. Sentados alrededor de la mesa del comedor, no podía faltar el pan recién tostado con mantequilla; era en ellos toda una costumbre. A Joaquín le encantaba mojarlo un poco en la leche; sólo un poco, para que el pan se mantuviera crujiente y la mantequilla cogiera esa textura que a él tanto le gustaba. Esos momentos eran los mayores placeres para el abuelo, momentos que compartir y disfrutar saboreando cada segundo, sintiendo el cariño y la ternura de los suyos. Faltaban apenas un par de kilómetros y a Joaquín le vino a la memoria una canción que habría entonado con sus nietos cientos de veces.

*Mira mireu les flors  
Com brillen amb el sol  
Us saluden dient bon dia  
Anem fent saltirons i cantem la cançó  
La- la- la- la la- la- la- la- la  
La- la- i- a- i- o  
Som els nens de la Terra  
Ajuntant les mans  
Farem tots plegats  
Un país de meravelles i felicitat  
En aquest bonic planeta dalt de l'univers  
Som els nens de la Terra*

*Amb molt d'esforç  
Tots junts construïm  
Una ciutat de meravelles, plantes i amor  
I viurem sense oblidar mai aquesta il·lusió*

Una nueva lágrima buscó la luz desde los ojos del anciano; pero la retuvo. Hizo un gran esfuerzo porque no le resbalase mejilla abajo y consiguió guardársela para compartirla con la soledad, que a partir de esa mañana de septiembre se convertiría en su sombra. Ya no volvería el anciano a cantar con sus nietos. Ya no vería los dibujos con ellos por las mañanas, ni les ayudaría a atarse los cordones de los zapatos cuando se cansaran de jugar descalzos. Ahora Joaquín viviría de sus recuerdos.

Ya han llegado. Padre e hijo se despiden más fríamente que de costumbre, y Joaquín suspira. Pasará mucho tiempo hasta que vuelvan a verse, muchos días de frío lejos de la chimenea, muchas noches en silencio.

.....

Era aquel un lugar donde no se devuelven las sonrisas, donde las miradas no van más allá y pasan rápido como el aire. Un sitio frío y distante, donde la gente parecía haber perdido hasta el más mínimo adarme de sensibilidad, y donde el anciano se aislaría hasta perder el contacto con el mundo. Joaquín apenas hablaba con nadie, le era imposible acercarse a esas personas que ni siquiera miraban a los ojos. Eran como muñecos viejos; impasibles. Se sentaban a comer en silencio y Joaquín buscaba a su alrededor alguna mirada que chocara con la suya, algo de complicidad, o al menos una señal que le hiciera sentir que seguía vivo y que no estaba solo; pero no la encontraba.

El único trato que conservaba era el de las asistentes cuando le traían las medicinas:

- ¿Joaquín Vélez?

- Soy yo, pase.

Ni un saludo, ni una muestra de humanidad; nada. Como autómata, cada día el anciano repetía las mismas tres palabras varias veces; a la hora del desayuno, la comida y la cena, con la esperanza de que detrás de la puerta apareciera su hijo o uno de sus nietos con un abrazo preparado para él entre los brazos. Martina y Jorge... cuánto deseaba volver a ver sus ojos como platos, oír sus risas de niños, hacer castillos de arena en el parque con ellos...; ¡y pensar que hacía más de tres meses que no les veía!. Se preguntaba el anciano cómo había podido aguantar tanto tiempo en aquel lugar. La ausencia le vaciaba por dentro, le roía el alma cada segundo que no estaban allí. Añoraba el calor de la chimenea y de las noches de pan tostado. Añoraba su vida de hacía tres meses.

Joaquín se sentía olvidado. ¿Por qué no habían ido a visitarle? ¿Es que ya no se acordaban de él? No podía ser. Tenía que haberles pasado algo, él recordaba la promesa de su hijo:

-No estarás solo, aquí te cuidarán bien y te ayudarán en todo lo que necesites. Además, vendremos todas las semanas, y podrás jugar con ellos como has hecho siempre. No te preocupes, estarás bien.

Volvió a llorar el anciano, como todos los días desde hacía tres meses. Él confiaba en su hijo y no dudó en ningún momento de su palabra. Tenía que haberles pasado algo.

Intentó llamarles muchas veces; pero no oía nada al otro lado. Hizo muchas llamadas que quedaron sin respuesta, hasta que aceptó que lo único que podía hacer era esperar, aguardar con paciencia a que un día aparecieran por la puerta de su habitación. Esperar.

.....

-¡Qué ganas de verlo por fin!

-Espero que siga igual que siempre. Dicen que los asilos cambian mucho a los ancianos.

-Estará bien. Nos habrá echado de menos porque nunca ha vivido lejos de

la familia; pero allí hay más gente como él y está muy bien acompañado. Ya nos aseguramos bien de llevarlo al mejor asilo que encontramos.

-Ojalá quiera venir al parque a hacer castillos y a jugar al fútbol. Todos mis amigos me dicen que lo echan mucho de menos, y yo estoy deseando verle.

-Me sabe fatal no haber podido venir antes; pero ya sabéis cómo es este trabajo, no sabes cuándo vas a tener que irte a la otra punta del mundo. Sabéis que en esas guerras luchan cientos de personas, y no hay suficientes médicos para salvar a todos los heridos.

-Lo sé, cariño.

-Pero estoy seguro de que si le decimos que se quede en casa unos cuantos días estas vacaciones no nos dirá que no.

-¡Ah! ¿De verdad, papá? Eres el mejor.

-Bueno; pero no os acostumbréis como antes porque no estará mucho tiempo, sólo unos días para que conozca a vuestro hermanito y vea lo mayores que os habéis hecho.

La familia bajó del coche y entró en el asilo, con el griterío de los dos niños de siete años que se volvían locos por volver a ver a su abuelo y con el llanto del recién nacido.

-¿Nos puede indicar en qué habitación está Joaquín Vélez, por favor? Venimos a verle.

-La ochenta y cuatro, arriba, al fondo del primer pasillo a la izquierda.

La familia se dirigió a la habitación ochenta y cuatro, y cuando estuvieron en la puerta el padre la golpeó a su manera para que Joaquín les reconociera antes de entrar, pero no hubo contestación. El padre volvió a dar en la puerta sus cinco golpes. Nada.

-A lo mejor está durmiendo, prueba a abrir con la llave que te dieron.

Ahí estaba Joaquín, sentado en el sillón, con la mirada perdida en la blancura de la pared. Lo ven; pero él no puede verlos. Inmóvil sobre el asiento, lo vio su hijo y no dejó de mirarlo sin creerse que fuera el mismo. Lo vieron sus nietos, sin que él les dirigiera una mirada o esbozara la más mínima sonrisa.

-Mira mamá, parece un muñeco.



# ÍNDICE

Pórtico	4
Jurado	6
Premiados y seleccionados	7
Primer Premio: <i>Petricor</i> , <b>José Gómez Juan</b>	11
Segundo Premio: <i>Diog</i> , <b>Mohamed El Maloum Pariona</b>	20
Tercer Premio: <i>La oscuridad acecha</i> , <b>Hadasa Gallor Bohórquez</b>	30
<i>La niña que vino del este</i> , <b>Cristina Ortega Giménez</b>	43
<i>La última visita</i> , <b>Irene Cortés del Moral</b>	50
<i>Agujeros de gusano</i> , <b>Laura Coves Fernández</b>	58
<i>Danza, tormenta y luna</i> , <b>Inés Borrego Soriano</b>	66
<i>Consuélate tú que puedes</i> , <b>María Sol Bagnaschino Pose</b>	76
<i>Una tarde de invierno</i> , <b>Juan Pérez Crespo</b>	82
<i>Los problemas del primer mundo</i> , <b>Marta Real Fernández</b>	88
<i>El intercambio</i> , <b>Javier Arcones Toledano</b>	94
<i>Una gota vale más que mil cascadas</i> , <b>Sara Kezze Kezze</b>	102
<i>El texto</i> , <b>Gemma López Canicio</b>	110
<i>Muñecos</i> , <b>Sonia Coves Mora</b>	116



CULT  
ura  
uemeHACHE

The text is arranged in three lines. The first line is 'CULT' in a bold, serif font. The second line is 'ura' in a lowercase, serif font. The third line is 'uemeHACHE' in a lowercase, serif font, with the 'H' being larger and more prominent.